

2/12.351

Año VII

Núm. LXX



REVISTA

DE

EXTREMADURA

Historia - Ciencias - Artes - Literatura

G. H. H. H.

CACERES - ABRIL - 1905

SUMARIO

La Teodicea de Santo Tomás (*conclusión*), por **Edmundo González-Blanco**.—
En el Calvario, por **José Devóix**.—Arlequín, por **Carmen Nevado**.—
Nostalgia, por **Lorenzo López Cruz**.—Alfira la gitana, por **Publio Hur-**
tado.—La Capilla de Murwlingen, por **Miguel Sánchez Pesquera**.—
La rendición de Alcántara en 1706, por **E. de A.**—Crónica regional, por
Eco.—Notas bibliográficas: (De varias revistas), por **S.**

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. E. G.—Zorita.—Pagada suscripción 1905.

Sr. M. de la E.—Almendralejo.—Idem id.

Sr. D. J. C. V.—Cañaveral.—Idem id.

Advertimos á los suscritores de fuera de esta capital, que no hayan abo-
nado el año anterior ó tengan pendiente aún el pago de alguno de los ante-
riores, que pueden enviar á esta Administración el importe en libranzas
para la Prensa, que hallarán en cualquiera de las Expendedurias de Rentas
estancadas ó en sellos de correo de 15 céntimos.

LA EXTREMEÑA

FÁBRICA DE BEBIDAS GASEOSAS

La más antigua de Extremadura

DE

JOAQUÍN CASTELL (Farmacéntico).

Plaza de la Constitución, 37.—Cáceres

Lo mismo en la fabrica que en los depósitos que tiene en los pueblos en un
radio de 30 kilómetros, se siguen expendiendo las bebidas que elabora, tan co-
nocidas de los consumidores, á los precios de costumbre.

FONDA MADRILEÑA

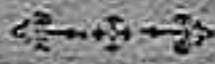
sita en la calle más espaciosa y sana de la población; la única en Cáceres que todas sus habitaciones tienen gabinete y alcoba; un magnífico comedor en la planta baja; la cocina por el mismo dueño; por lo tanto salieron tan complacidos los ilustres huéspedes, entre ellos el ex Ministro Marqués de Figueroa, que de paso de su excursión, se hospedaron el día 5 de Enero de 1905.

Barrionuero, 33, 35 y 39.

CÁCERES

TIMOTEO YUSTE

LA COLUMNA



CONSTANTINO Y CORTÉS

Plaza Mayor, 47.—CÁCERES

Gran surtido en pasamanería, mercería y géneros de punto. Especialidad en corsés, abanicos, paraguas y sombrillas. Inmenso surtido en perfumería



ZAPATERÍA

DE

Jacinto Granado

Alfonso XII, 14.—CÁCERES

Se sirven toda clase de encargos á la medida, siendo su confección y clase inmejorables, á precios sumamente económicos.

IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN Y LIBRERÍA DE JIMÉNEZ

CASA FUNDADA EN 1852

LA MÁS ANTIGUA Y ACREDITADA

En este acreditado Establecimiento se hace toda clase de trabajo que se encargue, en una ó varias tintas, como son: obras, periódicos, carteles y anuncios para festejos, memores, tarjetas, etc. etc.; todo con esmero, prontitud y economía. Toda clase de encuadernaciones, ya sean de lujo ó ordinarias, á precios desconocidos.

Venta de impresos para Ayuntamientos, Juzgados, Militares y Recaudadores de Contribución. Todo el menaje necesario para las Escuelas de primera enseñanza, así como todas las obras de educación que las mismas necesiten.

Gran variedad en libros para comerciantes, párrocos y oficinas, así como las leyes dictadas por los Ministerios. Gran surtido en objetos de escritorio.

19, Portal Ilano, 19 (Plaza de la Constitución).—CÁCERES

FONDA ESPAÑA
DE
TOMÁS GONZÁLEZ

Alfonso XIII.—CÁCERES

Victor García Hernández.

Almacén de tejidos
al por mayor y menor.

PAQUETERÍA Y COLONIALES

Portal Llano, 21.—Cáceres.

Venta de los acreditados abonos de
D. CARLOS AMUSCO, de Aldea de
Moret, (Cáceres).

Fábrica de Mosáicos hidráulicos.

DE

PANTALEÓN MARTÍNEZ

Cementos y yesos. — Precios reducidos.

Sacti-Spiritus, 4, Cáceres.

Pídanse catálogos gratis.

TALLER DE HOJALATERÍA

DE

MARIANO JIMÉNEZ

sucesor de la Vda. de Hurtado.

Plazuela del Duque, 7.—Cáceres.

GABINO DIEZ HUERTA

Cortes, 40, esquina á Alfonso XIII.—CÁCERES

HIERROS, ACEROS, CHAPAS Y VIGUERÍA DE HIERRO

TODA CLASE DE CERRAJERÍA

ADORNOS DE BALCONAJES, HINODOROS, HERRAMIENTAS Y BÁSCULAS

BATERÍA DE COCINA

PESAS Y ROMANAS DEL NUEVO SISTEMA

Y TODO LO CONCERNIENTE Á ESTE RAMO

GRAN SURTIDO

en Coloniales y Ultramarinos, Chocolates, Cafés, Theas, Tapiocas y Especies.

CONSERVAS DE PESCADOS, LEGUMBRES Y FRUTAS

Azúcar, Arroz, Garbanzos, Habichuelas, Pastas para sopa, Bacalao, Galletas, Vinos
generosos y Licores de todas clases.

EL BUEN GUSTO

CAMISERÍA

DE

M. REQUEJO

Gran surtido en cor-
batas, botonaduras y gé-
neros de punto.

Alfonso XIII, núm. 7.—Cáceres.

LOS vales de CABRERA ORELLANA, ejecutados en los principales Teatros de Madrid y reuniones aristocráticas, aplaudidos por la prensa Madrileña, están de venta en Cáceres. Imprenta de Jiménez, Portal Llano, 19, y en Madrid, Alcalá, 29, casa de Peregil.

SUCURSAL ESPAÑOLA

DE

“LA EQUITATIVA,”

(The Equitable life assurance Society of the United states.)

Sociedad mutua de seguros sobre la vida.

LA MÁS PODEROSA DEL MUNDO

Activo, **410 millones de dollars.** Sobrantes, **78 millones de dollars.** Cartera de seguros en vigor, **1.500 millones de dollars,** balance oficial de 1904.)

Pólizas de valores garantizados á dividendo diferido, ó de acumulación, clase ordinaria de vida, vida á 20 pagos anuales y dotales ó mixtas. —Bonos dotales por 15 y 20 años á dividendo diferido.

Pólizas con reintegro del 25 por 100 de las primas, del 50 por 100 ó del 100 por 100 en caso de que el fallecimiento ocurra dentro del período del dividendo.

Obligación registrada al 5 por 100 anual de interés pagadera en oro, protegida por el seguro de vida, en las clases ordinaria de vida á pagos limitados ó dotales.

Póliza de cuotas continuadas, rentas vitaliciás, temporal renovable, dotales de niños y seguros ordinarios sin participación en las utilidades.

Pedir ejemplos de pólizas vencidas á la oficina de Madrid, en el palacio de su propiedad

Alcalá, 18 y Sevilla, 3 y 5

único domicilio social de la Compañía en España, ó á

D. ALEJANDRO J. ALVAREZ

AGENTE DELEGADO DE LA SUCURSAL ESPAÑOLA EN LA PROVINCIA DE CÁCERES

NO HAY MEJOR HOSPEDAJE EN CÁCERES

QUE EL DE

SEVILLA

Plaza Mayor, 4 y 6.



Servicio de coches diarios a los ferrocarriles.
Despachos de toda clase de mercancías en la Estación.

M. MONTÁNCHEZ

AGENCIA GENERAL DE TRANSPORTES

CARRUAJES DE ALQUILER

Oficinas: Estación del Ferrocarril y San Pedro, 6, CÁCERES



SUCURSAL ESPAÑOLA

DE LA

Compañía inglesa

LA GRESHAM

(The Gresham Life Assurance Society, Ltd.)

ESTB. 1848

FUNDADA EN LONDRES EN 1848
y establecida legalmente en España desde 1882.

SEGUROS SOBRE LA VIDA
Y RENTAS VITALICIAS

Pólizas indisputables.

Beneficios capitalizados.

Primas muy moderadas.

Con la participación en el 90 por 100 de los beneficios los Asegurados en esta Compañía gozan de todas las ventajas que les podría ofrecer una Sociedad mutua sin estar sujetos a sus responsabilidades.

LA GRESHAM tiene constituido el depósito exigido por las leyes fiscales como garantía para sus asegurados en España.

SUCURSAL ESPAÑOLA

EN EL EDIFICIO DE SU PROPIEDAD

calle de Alcalá, 38, Madrid.

INSPECTOR EN EXTREMADURA

DON DIONISIO VINIEGRA

Oficinas: Plaza de San Juan, 14, Cáceres.



LA PALATINE

COMPANIA INGLESA

DE

Seguros contra INCENDIOS

Y EXPLOSIONES

Á PRIMA FIJA

(THE PALATINE INSURANCE COMPANY, LD.)

La Palatine asegura también contra la pérdida de alquileres ó rentas por causa de incendio.

Como la Compañía no es mutua, sus Asegurados no incurren en responsabilidad alguna.

Los siniestros se arreglan y se pagan inmediatamente.

Esta Compañía tiene constituido el depósito exigido por las leyes fiscales vigentes, como garantía para sus Asegurados en España.

SUCURSAL ESPAÑOLA

calle de Alcalá, 38, Madrid.

Agente de la provincia de Cáceres,

DON DIONISIO VINIEGRA

Oficinas: Plaza de San Juan, 14, Cáceres.

LA TEODICEA DE SANTO TOMÁS

(Conclusión).



OMPÁRASE ahora tan absurda concepción con la que presentaron y defendieron Duns-Scotto, Descartes y Pascal. En ésta, la voluntad es todo en Dios, es su verdadera naturaleza, su esencia y la de todos los seres. Los actos del entendimiento divino reciben de ella su realidad y su valor, nacen del fondo de ser de Dios y no se encuentran encadenados á formas inmutables que les reducirían á la necesidad, al *fatum*. Las operaciones *ad intra* no están supeditadas á ningún destino interior que le fuerce en las *ad extra* á producir fatalmente el mundo. Los atributos divinos no aparecen opuestos, sino identificados bajo el absoluto dominio de la voluntad. La inteligencia creadora es libre, porque pensó en el universo solo bajo razón de bien; y la acción divina es libre asimismo, porque al obedecer á la voluntad del Ser Soberano, se obedece así propia. En fin, al pensar Dios en un objeto no necesita oponerle como sujeto su propio ser, ni lo produce conociéndolo, sino que el motivo de sus determinaciones es sencillamente lo que bien pudiera llamarse el alma de la libertad: el amor. ¿Cabe en metafísica una concepción más pura ni más científica de la divinidad?

Comprendo que Júpiter estuviese sometido al destino y necesitase de rayos y truenos para demostrar su poder; pero un Dios verdadero, un Dios *cristiano*, no encuentra en sí nada eternamente acabado que realice fatalmente en el mundo, ni necesita más que querer para obrar. Siendo de este modo, la divinidad es ante todo voluntad y en ella los actos de la inteligencia son posteriores á sus determinaciones libres. Los neoplatónicos, con su gran sutileza metafísica, habían ya com-

prendido y proclamado esta verdad. Dios, para ellos, estaba por encima del pensamiento y del ser; era el *Bien-Uno*, superior á la inteligencia y á la esencia: á la inteligencia por razón de su bondad, á la esencia por razón de su unidad. Concepciones análogas hallamos en las tradiciones de algunos pueblos antiguos. Los galos, por ejemplo, según Fouillée (1), atribuyeron al Ser Supremo, además de la fuerza de la vida y de la fuerza de la verdad, un poder de libertad, un «punto de libertad ó de equilibrio». Tal vez las «piedras de equilibrio» de que hablan los bardos, es decir, las enormes piedras oscilantes, colocadas una sobre otra en equilibrio, fueron un símbolo de la libre divinidad. Hasta en estas fantasías místicas se muestra, por consiguiente, la natural tendencia del hombre á no admitir en Dios una fatalidad superior á Él, que le destruiría en principio. Las tan vulgares frases de que «Dios no está obligado á lo imposible» ó de que «Dios mismo está obligado á tener razón» para que se le crea, carecen por completo de significación desde que se conviene que el deber es una libertad, ó mejor, en que todo deber es libre. Esto ningún cristiano podrá negármelo en el orden moral. Si á algo me siento tentado aquí es á desvanecer la absurda especie de que al hacer depender de Dios las verdades necesarias que forman la primera ciencia del hombre, destruimos el concepto de Dios, que, como verdad suprema, debe haber estado siempre en posesión de todo lo verdadero expresado desde la eternidad por las cosas posibles. Este aserto es una pura reproducción de la creencia vulgar y causa admiración ver cómo algunos escolásticos lo han tomado en consideración. Descartes hace notar que esos tales apenas si se distinguen de la mayor parte de los hombres que no ven en Dios un Ser infinito é incomprendible, único autor de todas las cosas que dependen de Él. Como comprenden perfectamente las verdades matemáticas y no la de la existencia de Dios, no es de admirar que crean que aquellas no dependen de Dios. Pero debemos juzgar por el contrario, puesto que Dios es una causa cuyo poder excede los límites del entendimiento humano, y la necesidad de tales verdades no excede de nuestro conocimiento, que son estas cosa menor y subordinada á esa potencia incomprendible (2).

La ontología enseña que todo lo que no se verifica voluntariamente cae bajo la influencia de las fatalidades del determinismo, im-

(1) *Histoire générale de la philosophie*, I, 1, 3.

(2) Véanse las *Lettres á Mersenne* de Descartes.

portando poco que esas fatalidades sean físicas ó sean lógicas. La voluntad se emancipa de la fatalidad mediante su poder automotor; pero la inteligencia, aun la suprema, se halla sujeta á la ley de los determinismos y no se libra de ellos, mientras se la pretenda suponer superior á la voluntad. Así debe razonar un filósofo tomista; pero un filósofo cristiano no puede razonar así. Dios no piensa porque existe, sino porque quiere. Cualquiera otra opinión que tienda á hacer radicar la causalidad divina en su inteligencia eterna, no la sacará de las trabas á que esta potencia está sometida. Para decirlo en una palabra: no debemos considerar á Dios como una inteligencia absoluta que al contemplar en sí la verdad la realiza fatalmente en el mundo, sino como una voluntad absoluta de la cual es la inteligencia una simple expresión (1).

Se dice que contra esta doctrina se levantan dificultades numerosas; pero ¿dónde están esas dificultades? Si las hay, no las veo. Es evidente que quien identifique la voluntad divina con la voluntad humana, necesita esforzarse mucho para concebir al Ser Supremo como un albedrío inmutable. Todo el escrúpulo de esos filósofos proviene de que no consideran á Dios como una voluntad indefectible, como una libertad moral, sino como una potencia indiferente, arbitraria, caprichosa, y, por lo tanto, variable. Pero es absurdo formarse semejantes ideas de Dios y de la voluntad divina. Lo arbitrario no es la verdadera libertad.

La menor atención que los discípulos de Santo Tomás presten á la idea propia de la libertad, les debe persuadir de que, aun en el supuesto de que no fuese un poder invariable, la causa primera nunca podría mudar en su voluntad, al menos considerada en sí misma, en su pura esencia. Si nuestro libre albedrío varía, es no sólo por su contingencia natural é intrínseca limitación, sino también y muy principalmente por la influencia de las circunstancias exteriores. ¿Cómo empero, ha de variar con lo exterior el principio primordial de donde todo emana y

(1) Aristóteles concebía á Dios como una inteligencia que se percibe solo á sí misma y que si está relacionada con el mundo es sin pensar en él. La sabiduría cristiana, avanzando más, trató de probar que este conocimiento inmediato de su ser, supone en Dios el reconocimiento indirecto de los demás seres. Efectivamente, el Creador no puede conocerse sino en su acción, en su causalidad, en su albedrío, puesto que es acto puro. Separado de las cosas, no sería una realidad ni tampoco un pensamiento; en cambio, en cuanto razón primera de esas cosas debe comprenderlas viéndolas en su esencia misma. Y precisamente por esto, y sin que sea necesario amenguar en nada la eficacia y el poder de la voluntad divina, cabe admitir que si no en su ser externo ó en su realidad actual, existían las cosas en Dios antes de ser creadas en su ser ideal ó en su realidad posible. Esto explica bastante la omnisciencia del Supremo Hacedor. Véase la *Metafísica*, I, 8; *De vita et morte*, IV, y Ravaisson, *Essai sur la métaphysique d' Aristote*, I, 584.

que no tiene fuera de sí (como no sea el mundo que libérrimamente ha creado) principio alguno que en él pueda influir para cambiar sus decisiones? (1).

Se contestará: Concedido; en sus operaciones *ad extra* Dios obra con libertad absoluta, pero en sus operaciones *ad intra* hay cierta necesidad interna al mismo Dios y que él no puede sacudir sin destruirse á sí mismo. De lo contrario habría que decir que la existencia de Dios no es su razón de ser. Para obrar, como para conocer, se necesita existir: luego, si no se supone *á priori* que Dios existe, menos podrá suponerse que piensa y obra, es decir, que existe pensando y obrando. Debe replicarse á esto que, en efecto, la existencia implica la voluntad, pero no sin ésta los demás atributos y las cosas. La afirmación contraria podrá ser verdad desde el punto de vista del tiempo, mas Dios quiere por un acto de voluntad eterna. Si la acción divina no produce el ser de Dios (ni cómo ha de producirlo si es él mismo?), produce los seres finitos y como esa acción no puede ser ciega sino enteramente libre, la voluntad del Eterno es la que lo realiza todo en sí y fuera de sí. Ni aun siquiera cabe admitir con los platónicos que el *bien*, el principio anterior y superior á todo hecho y á toda idea, es una entidad realizada ó una posibilidad coeterna con Dios y que imponga á éste sus leyes. No ha producido Dios una cosa porque sea mejor, sino que ésta es mejor porque Dios la ha producido. Las esencias de las cosas, las leyes de la lógica, los principios de la moral han sido creados por Dios lo mismo que los cabellos de nuestra cabeza, las aves del cielo y las yerbas del campo. Creer otra cosa es volver á la Estigia ó á los destinos de Saturno y abismar al Creador en una necesidad inexorable (2).

El mismo Santo Tomás acabó por reconocer la importancia de la causalidad divina en el orden de lo inteligible. Nada, en efecto, se adelanta con objetar que Dios es la verdad y que reconocer eternamente en Él las verdades particulares que la inteligencia humana per-

(1) Muy recientemente (1889) el teólogo católico alemán Schell (*Katolische Dogmatik*, I, 268, 277) se ha pronunciado en favor del criterio que aquí domina, reconociendo sin distinciones ni reservas que «la necesidad de afirmar la existencia de una causa primera entraña la concepción de un ser que se produce á sí mismo».

(2) Tengamos siempre presentes las palabras de Descartes: «Nuestro espíritu es finito y ha sido creado de tal naturaleza, que puede concebir como posibles las cosas que Dios ha querido que lo sean eternamente; pero no nos es dable concebir las que Dios hubiera podido hacer posibles y querido, sin embargo, que sean imposibles». Dios ha querido (nótese bien) que algunas verdades sean necesarias, pero no lo ha querido necesariamente, porque haya tenido necesidad de quererlas. Por otra parte, reconozco con Descartes que no debemos concebir preferencia ni prioridad alguna entre la inteligencia y la voluntad en Dios, pues la metafísica nos enseña que no hay en él más que una acción, totalmente simple y enteramente pura. Véase su carta á Mersenne de 15 de Abril de 1630.

cibe, es referir éstas por analogía transcendental al *verum universale*. Porque, como ya pensó Aristóteles, y repitió Santo Tomás (1), no es lícito juzgar de la prioridad ó suficiencia de un efecto cualquiera, sin más examen, por el mero hecho de que siempre haya sido así ó siempre haya debido hacerse así (*omnino autem putare hoc esse principium sufficiens, nempe semper vel ita esse vel fieri, non recte se habet.*) Santo Tomás mismo nos invita, pues, á considerar las llamadas verdades eternas como resultado de la libertad inteligente de un principio absoluto. Desde el punto de vista de la relación, la realidad ha sido y es la disposición de las cosas en el ser y en la verdad, y, sin embargo esa suficiencia, esa independencia relativa de las verdades contingentes, no hace inútil la ingerencia de un elemento necesario anterior y superior á ellas. Observando, por ejemplo, la necesidad de los axiomas de la lógica ó de las matemáticas, que percibimos como verdades hechas y acabadas, concluimos generalmente que son eternas é independientes de una verdad superior, sólo porque idealmente son siempre verdaderas. Pero esto es rechazado por todos los buenos pensadores. Las mismas leyes matemáticas, llega á decir Santo Tomás, tienen causa de su verdad: *sunt semper vera et tamen habent causae suae veritatis* (2). Así se comprende en otro sentido que Aristóteles admitiese la eternidad del movimiento como compatible con un primer motor inmóvil (3).

Y si de las alturas del mundo intelectual descendemos á las profundidades de la moralidad subjetiva, veremos que todas las objeciones de los que niegan el omnímodo poder del Creador sobre todos los órdenes, están reducidas á insinuar que si los principios de la moral dependiesen de la libre voluntad divina, se seguiría que Dios por arbitrario decreto podría modificar la bondad y malicia instrínseca de un acto, á lo cual se opone que no son las cosas buenas porque Dios lo quiere, sino que Dios las quiere porque ellas son en sí mismas é independientemente de Dios buenas. Este es uno de los asertos que me han causado siempre más extrañeza y que me ha probado del modo más significativo el espíritu sectario de nuestros neo-tomistas y lo que en ellos pueden las opiniones más absurdas é impías solo porque han sido defendidas con mayor ó menor acierto por otros escolásticos más

(1) *In II Metaphysicam*, 1.

(2) *In VIII Physicam*, 3.

(3) Como se ve por este ejemplo, Santo Tomás no acabó de reconocer el carácter temporal de las verdades necesarias, en cuyo sentido, su testimonio, no es tanto una confirmación de mis opiniones, cuanto una confesión que la evidencia arrancó al más genuino de los intelectualistas medioevales.

influidos en esta materia por la tendencia pagana que por las enseñanzas de Jesucristo. No he de gastar muchas palabras para ponderar cuán indigno es de la moral cristiana ese procedimiento. Porque todas las reflexiones hechas en el orden de la pura razón, vuelven con su peso entero, si no aumentan. ¿Cómo es concebible ni posible que de una *necesidad de necesidad* nazcan las leyes morales que son relaciones libres? ¿Es la bondad de Dios absoluta y absolutamente creadora y no puede dar origen á los principios que forman la norma de la conducta del hombre? ¿Se pretende convertir al Ser de toda realidad en un mero reflector de un bien independiente de su voluntad y que le impone sus reglas? Estos son muchos absurdos y absurdos muy grandes (1).

Veamos todavía otros absurdos que se siguen de aquel sistema. Admitiendo verdades metafísicas independientes de Dios y coeternas con él, la consecuencia lógica es que esas verdades no pueden recibir su realidad del acto divino. ¿No hay, pues, motivo para preguntarse si son *moralmente* tan necesarias para el entendimiento de Dios como para el entendimiento humano? Porque la verdad es que si Aquél las encuentra determinadas y establecidas en su entendimiento, debe obrar y crear enteramente conforme á ellas, y sus obras y sus creaciones no son libres ni manifestaciones bondadosas ó *amorosas*, como enseña el Cristianismo. ¿Creeremos tal vez que la libertad divina, como la libertad humana, tiene motivos, y esos motivos que en nosotros son unas veces sensitivos y otras racionales, son siempre racionales en Él? En este caso no me parece fácil comprender cómo los filósofos cristianos han dicho siempre que Dios crea y obra con amor y por amor y con libertad y por libertad, ni tampoco cómo en el hombre la verdadera libertad es, no la que obedece á la razón, sino la que obedece al amor y á la ley del bien.

Decir que las verdades eternas no son independientes de Dios porque son Dios mismo como verdad suprema, es incurrir en el error de los ontologistas que creen comprender á Dios cuando comprenden una verdad matemática, y repiten con Leibnitz que un geómetra puede ser ateo, pero que sin Dios no habría objeto para la geometría. Vuelvo, pues, sobre lo que ya he dicho muchas veces. Las supuestas verdades eternas no son más que efectos ó expresiones eternamente idénticas de la verdad y de la voluntad divinas, y por eso son comprendidas sin esfuerzo por el hombre, pero no por eso comprendemos ni aun concebimos en ellas el principio infinito y absoluto, lo que de-

(1) Véase á Boullier, *Histoire de la philosophie cartésienne*, I, 98.

bería necesariamente suceder si la teoría tomista que aquí combato fuese cierta. Dejemos, por lo tanto, á los secuaces de Santo Tomás sentar estas afirmaciones: Dios es un ser cuyo conocimiento excede los límites de nuestra inteligencia; las verdades necesarias son comprensibles por nosotros; luego coinciden y se identifican con el principio absoluto é infinito. En seguida: Dios conoce la verdad necesariamente, contemplándola en sí eternamente acabada; la verdad es, en tal concepto, el objeto del entendimiento divino; luego es también comprensible por el hombre. Un pensador más perspicaz, concluiría así: la verdad debe ser comprendida por el hombre; lo que éste puede comprender es limitado y finito; luego de su poder voluntario y activo depende la grandeza de las verdades que afirma, y Dios mismo, más que la eterna verdad, es la eterna veracidad, que libremente crea lo inteligible. «Y, como dice con razón Granvill, la voluntad que allí se encuentra no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad con su vigor? Porque Dios no es mas que una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad. El hombre no cede á los ángeles ni á la muerte, salvo únicamente por la debilidad de su volición.»

Pero quiero avanzar más: quiero llevar á sus últimas horribles consecuencias el intelectualismo abstracto: quiero hacer ver lo que esta concepción llega á dar de sí aplicada á la teología natural. No ignoro que debiera callarlo, que voy á pasar por impío, que produciré escándalo en las cristianas creencias del lector, que son las mías, mas yo no tengo la culpa de que tales teodiceas se hayan escrito y de que la filosofía antigua, la *filosofía moral y religiosa* de los apóstatas del pensamiento moderno, haya dejado tales herencias á la historia. Pues bien, la duda, esa triste necesidad de la mente, ese verdadero pecado original de la humanidad intelectual, hasta en Dios muestra su poderío, desde el punto de vista racionalista de Santo Tomás. ¡Un Dios, potencia esclava de la inteligencia, sometido como el Júpiter antiguo á una especie de Destino interior que es la verdad por Él cometida contemplando en sí mismo la eterna necesidad de las cosas para realizarla en el mundo! Si Dios es la lógica suprema que pensando crea el universo, si la realidad y la idea son en Él una misma cosa ¿cómo puede ser un principio creador, libre, absoluto, según le pinta Santo Tomás en otros puntos? ¿No es más bien Dios, entonces, el eterno matemático de toda existencia sensible é inteligible ó la naturaleza misma considerada en su unidad primordial, cierta para sí propia en lo concreto de la vida, dudosa para su pensamiento en los mudos jabis-

mos del recipiente universal? Admitiendo, como se hace todavía, el *dum Deus calculat fit mundus* ¿qué pueden ser el caos y el vacío, pregunta Balart, sino dudas de Dios? De aquí resulta que el Sumo Hacedor, al estar encadenado al pensamiento, está encadenado á la ley primordial del pensamiento, que es la duda, y la acción omnipotente que produce los seres y conserva el equilibrio de las cosas, es la duda realizándose en la materia, la duda originando lo imperfecto, la duda demostrando su impotencia con obras incompletas, relativas y condicionadas.

La duda, tal es el fondo de todas las teorías racionalistas sobre la divinidad. Lo que Balart llama la *soledad de Dios* es una consecuencia infalible de su concepción intelectual. Después de esto y en presencia de tales doctrinas, concíbese sin dificultad el ateísmo: fijando la vista en Santo Tomás y en general en el racionalismo, compréndese perfectamente el gran número de hombres que hoy se preguntan con inquietud si hay Dios. La teodicea intelectualista, para decirlo de una vez, nos da la clave y contiene la razón suficiente de ese nihilismo que exclama por boca de Silesio: *Dios es como la nada, que no está en ninguna parte: mientras más quieras apoderarte de él, tanto más huirá de ti*. En vano buscamos en la conciencia y en el universo ese Dios abstracto y absorto en la estéril contemplación de sí mismo, pues huye de nosotros, y cuando creamos tenerlo en las manos se nos escapará. Pero no, no es así: el espíritu humano rechaza con horror una tal concepción de la Divinidad. Nunca llegará el racionalismo á arrebatarnos á la mente su convicción de la existencia de esa Voluntad inmutable que dirige desde las cumbres del cielo á la humanidad y al mundo. En esa Voluntad está la razón de nuestra dicha, el acicate de nuestra esperanza. De ella nos viene la aspiración á un Bien supremo que no se alcanza en la vida mortal. ¡Oh, Dios, antes que reconocerte encadenado á la inexorable verdad concebida por tu entendimiento, antes que someter nuestro destino á esa horrible sabiduría, veamos los mundos abrumados y derrumbados en la nada, sin que himno alguno de amor proclame en el suelo tu gloria y tu omnipotencia!

EDMUNDO GÓNZALEZ-BLANCO.

EN EL CALVARIO

Siglos y eternidad ¡he aquí el portentoso!
No lo encuentra más grande el pensamiento
Del hombre en los espacios de la idea,
Ni ante esa excelsitud hay un acento
Que digno, egregio, arrebatado sea.

¡Jesús murió! Profetas, por la cumbre
Del Gólgota dejad la sepultura,
Y escarnio de la abyecta muchedumbre,
Casi extinguida miraréis la lumbre
De la Verdad que os inspiró la altura.

Surge, Daniel, atérrate y fulmina;
Vibrador y espantable, el centelleo
De tu voz apresure la ruina
Contra esa plebe idólatra y mezquina
Para quien no hay más Dios que su deseo.

Haz que vibre el salterio estremecido,
David, y entre sublimes ansiedades,
Ante esa Cruz pregunta en un gemido:
—¿De qué infame coyunda ha procedido
Esta generación de iniquidades?

El Justo muere, en tanto que la impura
Grey hace á Barrabás su ídolo inmundo,
Y en frente de la Cruz juega perjura
Ébria tropa infernal la vestidura
Del que vistió con soles nuestro mundo.

¡Ya ha muerto el que es origen de la vida!
De la Víctima en torno sacrosanta,
Póstrate, Humanidad, reconocida;
La palabra eternal está cumplida,
Y esa Cruz á los cielos te levanta.

Ya percibo el chocar de capiteles
Que vacilan en vértigo y que ruedan;
Caen los bustos cesáreos; sus laureles
Son polvo y sus asiáticos doseles;
Se van los dioses, los cristianos quedan.

Ya hay doctores y vírgenes y atletas
Que al himno eterno de la Cruz responden
En la arca del circo, y hay ascetas.
Mas, ¡oh Jesús! que el celo en que te inquietas
Muchos burlan, te escupen y se esconden.

Sí, te escarnece ¡oh Dios! tu obra maestra.
¿Y qué? ¿Devastador no se desprende
El rayo aún de tu inflamada diestra?
¡Si eres hijo de Dios, tu origen muestra
Y orbes y espacios con tu furia enciende!...

Mas he olvidado, por mis culpas ciego,
Que de tu sangre el divinal tesoro
Apagó del Siná la orla de fuego.
¡Señor! ¡Señor! ¡A tu piedad me entrego
Y tus prodigios de clemencia adoro!

JOSÉ DEVOLX.

ARLEQUÍN



De sobra me era conocido el camino del gabinete; así es que, cuando, al abrirme, la doncella me dijo que «la señorita bordaba en su cuarto», allá, sin guía, dirigime, levantando antes el pesadísimo cortinón que cubría la puerta de la sala.

Como de costumbre, esta sala, grande y atestada de chismes, estaba á obscuras, completamente á obscuras.

La madre de Clara,—una muy amable señora joven,—tenía la manía de la obscuridad.

—Un día, aquí, me romperé la cabeza—pensé mientras avanzaba lenta, tacteando, para llegar por entre las tenebrosidades de aquellos lugares hasta el gabinete en el cual debía bordar mi amiga, según su doncella.

Acallaba mis pasos la alfombra... yo seguía, seguía, y, con las manos extendidas, como si jugase á la gallina ciega, tocaba, ya un bibelot, bien una mesita, ora el respaldar de un sillón, ó nada. Cualquiera, viéndome hacer tal travesía, con tamañas precauciones, hubiera creído que intentaba, por lo menos, sorprender algún delito.

Además, era insoportable, un camino exento de todo atractivo, ¡sin luz! Ni las manos me veía en medio de la noche de que gustaba la madre de Clara. De su madre, sí, porque á ella, á Clara, sabía yo cuánto le disgustaban semejantes extravagancias. Ella, ¡sedienta siempre de luces, de colores, de alegría, de vida! Por supuesto que, su gabinete, en compensación, nadaría en sol, de seguro.

Dí la vuelta á la izquierda y atravesé el despacho, grande también y también en tinieblas, aunque no tan densas, afortunadamente.

El despacho de lujo en cuyas butaconas de cuero veía muchas tardes yo, desde el cuarto de Clara, á ciertos señores que, envueltos en lo olorosa humareda de sus habanos, comentaban con el dueño de la casa las *alzas* y los *cambios*, mientras nosotras, allá junto al piano,

rientes y abrazadas, nos decíamos secretos rosa en voz de dulce caricia...

En el gabinete, próximo ya, nada se escuchaba, ni un roce leve siquiera. Había claridad, sin embargo. Claridad que, aun atenuada por los cortinones, se escapaba de las entreabiertas hojas de la puerta, permitiéndome, consiguientemente, andar, al fin, sin vacilación.

—¿Qué hará Clarita?—Quise sorprenderla.

Fuíme aproximando á un extremo de la entornada puerta, y, sin alentar apenas, separé del muro el borde de la cortina. Miré.

La impresión primera fué de asombro. Después risa, pero ¡qué risa, Dios mío! Tuve que apretujar con la mano libre mi boca, impidiendo así que una inoportuna carcajada estallase, descubriéndome.

Clara, la figurilla larga, frágil, ondulante, no bordaba. El pobre bastidor, desdeñado y cubierto de papeles de seda, en una silla, tranquilamente solo: las tijeras, con un lazo de menudas cintas, y el dèdal, pequeño, de plata, por el suelo. Más lejos un libro...

No bordaba Clara. Sobre el naranjado terciopelo del diván tendía el bello cuerpo su gentileza soberana. Arriba, hundiéndose, mimosa, en un cojín, su morena cabecita, de bucles rebeldes: cruzados, abajo, por entre un desborde de perfumados encajes, los piececillos primorosos...

Ella era, en su actitud suprema de fatigada gallardía... ¡toda arte!

¡Ah! ¿que no haya dicho aún la causa de mi risa?...

Clara tenía en la mano un muñeco, uno de esos muñecos grotescos, ridículos, de cartón, que mediante una cuerda, saltan, gesticulan, mueven, á placer, todos los miembros. Ella, con la otra mano fina, aguda, hacíalo.

Esperé.

La linda perezosa continuaba su singular operación. Y continuaba absorta, verdaderamente interesada en la contemplación del muñeco, fija, como si á flor de rostro le hubiera salido entera el alma,—su alma arrogantísima, encubierta de ordinario bajo un delicado exterior de chiquilla.

Yo, involuntaria, hice, quizá, un movimiento tras la cortina.

Volviéronse hacia allí, entonces adormecidos, cerrados á medias los ojos de Clara.

—¿Entro?—pregunté asomando un poco.

—¡Niña!—susurró con una vaguedad extraña.

Y como si despertase:

—¿Tú?

Se incorporó en el diván y nos besamos, locas, cien veces.

—Oye, ¡cuánto te diviertes!—le dije en tono de cariñosa burla, sin separar de su cuello mis brazos.

—Estabas entretenidísima. ¡Es imperdonable que no me hayas presentido!... Por lo tanto estoy pero muy enfadada, ea, ya lo sabes, —terminé, apartándome algo, con una mueca de fingido disgusto.

—¡No!—hizo en un gesto de mimo, malicioso, tenue, sólo suyo, acariciándose la mejilla con mi mano, que había retenido.—Sería una bobada, mujer, que te enfadases por tan poca cosa. Y luego con Arlequín, lo más simpático, lo más amable, si vieras! (Yo hacía esfuerzos colosales, mordiendo dentro la risa. Ella seguía muy seria, naturalmente).—Figúrate, esta tarde, que de todo me aburría, él ha sabido, él solo, distraerme. Lo compré antes, al hombre de las flores. Te advierto que lo conservaré siempre. Ni de pequeña recuerdo un juguete tan espléndido...

¿Hablaría de veras?... Mas ¿cómo en ella tal puerilidad?... Mis ojos la escudriñaban... porque me mostraba aquella estúpida caricatura de varón, ufana, sincera, y cual si pidiese mi asentimiento.

—¡Bah!—la respondí tratando de cogérselo.—Eso me parece, al contrario, muy simple. Te lo romperé.

¡Digo!—gritó escapando, rápida, del lado mío—después que compré para tí otro igual, que traeré ahora!

Reí de todas mis ganas.

—Gracias...

Clara empezó á tirar del hilo colgante y el pobre traste, rabioso, sacudíase entero, como en un supremo espasmo de locura, obedeciendo á la mano que le obligaba impía.

La mano, de pronto, se detuvo, y bruscamente también el pelele cesó en su desesperada danza, y con ambos brazos tiesos, pegados al cuerpo, quedóse inmóvil, mirándonos con su cara idiota de almazarrón.

Maquinalmente, Clara y yo también nos miramos, echando al aire, juntas, una larga carcajada.

—Anda, vamos á traer tu arlequín—dijo ella, entre la risa, arrastrándome al fondo.

Y añadió:

—¿Qué, no es gracioso?

—¡Sí!—murmuré en un arranque de inconsciencia que tuvo algo de terrible.

Por ante nuestros ojos, encontrados de nuevo, pasó toda una mutua confesión...

NOSTALGIA

*Á mi cariñoso amigo el insigne literato
D. Diego M.^a Cruzet del Amo.*

Triste, Elvira, se encuentra. ¿Qué tiene
tan linda muchacha,
que del mundo se esconde y oculta
su amor y sus gracias?
Si en su rostro las penas pudieron
hacer mella tanta,
nadie duda que deben ser grandes
sus penas amargas.
Á sus lívidos ojos asoma
perenne una lágrima
que su acerbo dolor y tristeza
continua delata.
El carmín ya no tiñe sus labios,
—parecen de nácar,—
ni presenta á la luz de la vida
su faz sonrosada.
Si otro tiempo sus blondos cabellos
el viento agitaba,
y la brisa besó voluptuosa
sus trenzas doradas,
hoy oculta las hebras sutiles
que el sol envidiara,
ó aparecen en triste desorden,
y mustias y lacias.
Si jugando en redor de sus sienes
los céfiros pasan,

ya no escucha embebida y absorta
las dulces palabras
que entre aromas y suaves murmullos
y dichas sin tasa,
mensajeros de amor cariñosos
ayer le llevaban.
Ya no ve de la aurora risueña
las tintas doradas
como nuncios de días felices
de espléndidas galas,
ni las nubes que el sol, al ponerse,
reviste de grana,
precursoras de noches serenas
alegres y plácidas,
con ensueños de amor y dulzuras
que el alma embriagan.
Si la luna despide á raudales
su luz argentada,
no divisa en el mágico espejo
del disco de plata
una imagen que ver otras noches
con ansia soñaba.
Ya no ve, ya no ve los hermosos
fulgores que irradiaba
ese sol que gozoso otros días
de luz la bañaba,
ni respira el dulcísimo aliento
vital de las auras,
cuando llevan henchidas de esencias
—al paso robadas
de violetas, jazmines y rosas—
sus trémulas alas.
Ha cubierto el dolor con un velo
de luto su alma;
y á través de ese velo tupido
la luz se le apaga,
y á través de ese velo tan triste
la vida le amarga.
¡Pobre Elvira! ¿Qué tiene, qué tiene
tan linda muchacha?
Que otro sol alumbró la carrera
feliz de su infancia;
que otra luna en las noches alegres
besaba su cara;
que otras aves llenaron su oído
de música grata,
enseñándole grandes secretos
que tímida guarda...

Y otras flores le dieron aromas
y suave fragancia,
y otros fuentes de limpios cristales
su sed apagaban...
Y el aliento empapado de esencias
bebió de otras auras,
mientras dulce y sentido el acento,
de voz regalada
daba al alma consuelos hermosos
de eterna esperanza.
Pero el frío y mezquino horizonte
la ahoga, la mata;
porque aquí tiene el cuerpo y ¡ay triste!
¡allí tiene el alma!
Y al sentir cómo impío el destino
cruel los separa,
un agudo puñal en su pecho
clavó la nostalgia.

LORENZO LÓPEZ CRUZ.

Alcántara, Marzo de 1905.

ALFIRA LA GITANA

A mi querido amigo Ubaldo Sánchez Martínez.



UNA Villa y un Castillo van á llamar nuestra atención por breve rato.

Aquella es Ceclavín, la romana *Cella-vinaria*, la bodega de Extremadura, la población famosa por sus vinos y sus pasas en aquella edad y aun en tiempos del gran Carlos V.

Sus habitantes no se parecieron, en su modo de ser, al resto de sus compatriotas, ni en la edad antigua, ni en la media, ni en la moderna.

Merodeadores en la primera, gitanos en la segunda y contrabandistas recientemente, siempre dieron que hacer á los custodios viales, á los kaxiefes mahometanos, á los cuadrilleros de la Santa Hermandad y á las patrullas del Resguardo.

El castillo es el del Portezuelo, y se remonta también á respetable antigüedad.

La comarca que domina desde su enhiesta terraza, es dilatadísima, y á muchas leguas de distancia se anuncia al viajero como uno de los baluartes más formidables de la derecha del Tajo, en la caduca época de que es aún arrogante emblema.

Siguiendo los vaivenes de la fortuna, en la secular contienda librada en el territorio peninsular entre los soldados de la cruz y los de la media luna, Villa y Castillo fueron arrancados al poder agareno en 1167; mas perdidos con posterioridad, su reconquista definitiva tuvo lugar en 1213 por Alfonso IX de León, á quien no costó poco trabajo ni pocos soldados entrar en la fortaleza.

Reservándose para sí la Villa, en donde no quedaron otros pobla-

dores que gitanos, á los que otorgó muchos privilegios, dió el Castillo á los Templarios, por la ayuda que le habían prestado, cuya orden militar, en virtud de cierta transacción, lo cedió en 1220 á la de Alcántara; y como era una fortaleza de primer orden, no pasaron muchos años sin que fuese hecha cabeza de una Encomienda, que el Maestre de la Orden otorgó á un sobrino suyo.

I

Los rayos del sol, que acaba de cruzar el meridiano, vibran en toda su áurea lucidez: los céfiros suspiran, saturados de aromas: el campo sonríe de voluptuosidad: la primavera palpita en todo el organismo cósmico, embelleciéndolo con sus encantos.

¿Fué el día el que buscó á los moradores de Ceclavín, para contribuir con su esplendor á amenizar la proyectada fiesta, ó fueron los festejantes los que escogieron aquel día para que le prestase toda su brillantez?

Quizá uno y otro coincidieron en sus propósitos, y por eso el entusiasmado vecindario se arrojaba á borbotones fuera de la aldea.

Los adufes y *bajañies*, los albogues y rabeles, llenan los contornos de dulcísimos acordes. ¿Y tras ellos?... Tras ellos, con paso lento y majestuoso, con su flotante *talorri*, de viva grana, sujeta á la cintura por bordado *yustiñi*, su modelada cabeza prendida con flores llamativas y abigarrados lazos, llevando al cuello mil dijes y amuletos, llenos de sortijas los dedos y de vistosas ajorcas los brazos y tobillos, avanza la heroína de la fiesta.

Es ella, Alfira, la reina de la hermosura, la gitana más esbelta é ideal de la tribu, la prometida esposa de Adonay, aquel hijo del sol que embriagado de felicidad marcha á su lado, y que no cede en riqueza ni en valor á ninguno de los cíngaros extremeños, sus hermanos.

Pero miradla: sus ojos no han buscado una vez sola los de su prometido: si su brillante pupila se aparta de las frescas margaritas que alfombran su camino y se eleva del suelo, es vaga é indecisa.

¡Plausible cortedad! El acto es serio, y nunca la honestidad y el pudor prestan á una joven, con tanta oportunidad, sus valiosos atractivos.

Al lado de los contrayentes marchan sus familias; detrás los testigos.

Una corpulenta encina que se eleva en el verde valle, es el termino de su marcha. Bajo su amplia copa, sentado en rústico *besti* y

escortado á retaguardia por una respetable batería de hinchadas corambres, que á cien pasos trascienden á sangre de Cristo, un anciano aguarda al cortejo.

Es el *basquero* de la tribu, ó lo que es lo mismo, el patriarca, el gobernador de sus compatriotas, ante el que van á hacer patente su voluntad los contrayentes, ó como si dijéramos, á celebrar el contrato civil; y ante él hay señalado, sobre el florido pavimento, una circunferencia de diez varas de diámetro.

Los protagonistas y su acompañamiento llegan hasta él; el pueblo forma círculo en derredor, y cien curiosos que no alcanzan puesto en la primera fila, trepan con la agilidad del mono á la añosa encina, que en un instante parece un árbol vivo, del que cuelgan brazos y piernas que no cesan de remar en el vacío.

El *basquero*, con voz grave y autoritaria, pregunta al novio en su peculiar dialecto:

—Adonay: ¿cuántos años deseas vivir unido á la bella Alfira?

—Me parecería corta una eternidad; pero me conformo con los que tenga decretados el Destino.

—Y tú, Alfira, hija de Orcán, ¿cuánto tiempo te propones ser la compañera de Adonay?

—El que el mismo Destino me permita,—respondió á media voz y suspirando la joven.

—Que él rompa en mil pedazos el vaso nupcial, y os haga tan felices como merecéis—concluyó el anciano.

A una señal de éste, el redondel se ensancha y queda expedito el círculo trazado en el suelo de antemano. Dos testigos entran en él, y Adonay tomando de mano de uno de sus allegados un vaso de barro, de paredes fragilísimas, que mandó hacer *ex profeso* al más perito alfarero de la comarca, avanza también al centro de aquél, llénalo de tierra y dirige á Alfira una mirada apasionada.

Los pedazos en que aquel vaso se rompa, van á determinar los años de su maridaje.

Los momentos, pues, no pueden ser más críticos.

Con mano nerviosa y titánico impulso, lánzalo al espacio. La ansiedad es general. Todo el mundo siguiendo al cuerpo que se eleva, mira hacia el firmamento.

Un instante la fuerza impulsiva y la gravedad se neutralizan y el proyectil queda como suspendido en el aire; mas en seguida empieza á caer, caer, redoblando su velocidad.

De pronto avanza un apuesto caballero de entre los arrobados cir-

cunstantes, sin que estos se percaten de ello, y alargando su siniestra mano, impide que el vaso dé en tierra, y por lo tanto que se rompa.

¡Adios sueños de oro! ¡adios unión deseada! Aquella mano atrevida acaba de frustrar todo el contento de un pueblo, y las esperanzas de dos amantes que se buscaban con los brazos abiertos.

¡Ni un solo día les era ya dado entregarse á los trasportes voluptuosos de Himeneo!

De todas las bocas se escapa un grito de sorpresa al par que de indignación. El novio, con los puños enarbolados y sin reparar en peligros, lánzase sobre el aparecido, que lo recibe con una sangrienta cuchillada, de la que cae en tierra el agresor.

La muchedumbre secunda el movimiento del novio, acometiendo al extraño perturbador de la fiesta, quien gritando:

—¡Aquí, mis mesnaderos!—Se vé instantáneamente socorrido por una veintena de hombres de armas, que, sacudiendo tajos á diestro y siniestro sobre la inerme multitud, dan tiempo á que el atrevido capitán, arranque á la desmayada Aífra de brazos de sus parientes y escape con ella en un corcel, camino del Castillo.

Los acuchillados gitanos ahullan como perros. Sin armas que los ayuden á tomar la clamada venganza, tienen pronto que pronunciarse en lastimera desbandada, dejando el campo sembrado de muertos y heridos, y mezclada la sangre de sus hermanos con el comfortable contenido de las corambres, que, por las cuchilladas recibidas, lloraban á porfía con lágrimas de vida, el trágico remate de la fiesta.

II

—Ya lo ves, hermosa egipcia: he expuesto mi existencia por poseerte. El amor que te profeso no me permitía contemplarte en brazos de un cingaro zafio é incapaz de aquilatar tu mérito. Antes de perder la esperanza de llamarte mía, quise perder la vida. ¿No es verdad que tú no eres insensible á mi pasión?...

—No, no lo soy. A haberlo sido, jamás hubiera consentido en ser transportada á este lugar, después de la inicua felonía que habéis cometido con mis hermanos.

—¡Felonía!... Duro es el calificativo, pero pase en gracia á tu belleza. Para un amor tan avasallador como el que me inspirás, no hay distinción de acciones; todas son lícitas, si se encaminan á no perder para siempre el objeto que lo enciende. Supe que te casabas: creí que

tu alma soñadora respiraría con más libertad, con mayor gozo, bajo este techo, que en el ahogado tugurio que sin duda te aguardaba, y fuí por tí, para hacerte señora de esta mansión feudal, á cambio de tus caricias.

—¿De mis caricias?—repitió con cierto disgusto la gitana.

—Ya sé que valen mucho,—replicó el templario, equivocando el sentido de la interrogación de Alfira;—pero considera que en esta fortaleza, que vale más que tu villorrio, vas á ser la soberana; que una mesnada de lucidos arqueros va á darte guardia de honor; que á tus pies va á suspirar rendido, todo un caballero de la ilustre Orden de Alcántara; y que si las galas y preseas satisfacen tus aspiraciones, no te faltarán ricas telas de seda recamadas de brillante orfebrería, que iré á arrancar para tí á las mismas odaliscas del intrépido Aben-Hud, menos bellas que Alfira la gitana.

—¡Oh! me lastiman vuestras palabras, que interpretan mal mis sentimientos. Mi espíritu no ha estado nunca sediento de riquezas. A haber experimentado tal necesidad, en breve se hubiese visto satisfecho. ¡Han sido muchos los tesoros que se han ofrecido á los pies de Alfira!

—¡Perdona!—rectificó el enamorado galán:—no he querido ofenderte; que harto sé que almas del temple de la que se asoma por tus ojos, no debe codiciar más que amor y solo amor; pero el amor tiene también sus accesorios, y uno y otros te ofrezco.

Alfira, que se hallaba sentada sobre un taburete de baqueta en la cámara de su raptor, suspiró en silencio.

El caballero, de pie ante ella, la devoraba con los ojos, enrojecidos por el deseo.

—¿Aceptas, pues, mi ofrecimiento, hija del amor?—le interrogó impaciente el castellano.—Aquí no tienes que temer miradas escrutadoras ni oídos indiscretos. Estamos solos. Hable, pues, tu corazón, y repíteme con tu acento armonioso que me adoras.

—Harto os lo he dicho ya. Os amo sí, y porque os amo arrostro el desprecio del mundo.

—¡Ah!—exclamó fuera de sí el correspondido galán.—Así te quiero yo, encanto de mis sentidos. Mi corazón te desea y mis brazos te aguardan. Ven, ven á ellos, bella Alfira. Esta noche tus caricias: mañana el juramento ante el altar.

Y trató de estrecharla contra su pecho.

La gitana, dando un salto del asiento, se puso fuera del alcance de los audaces brazos del alcantarino.

—¡Alto ahí, atrevido caballero!—le intimó, sacando una aguzada daga de entre el ajustado balteo.—Alto ahí, ú os cuesta cara tanta audacia.

—¡Qué! ¿rehusas?—murmuró, conteniéndose á su pesar el agresor.

—Sabed que una gitana vale tanto y tiene su honra tan en punto, como cualquiera de vuestras damas, para que acepte tales atrevimientos sin garantías para su honor.

—¿No te basta mi palabra?

—No me basta.

—¿Qué haría yo para que me creyeras?

—Jurar sobre la cruz de esta daga, por la eterna salvación de vuestros padres, que me amáis verdaderamente; que no compartiréis vuestro tálamo con ninguna otra mujer, y que habréis de hacerme vuestra esposa.

—¡Te lo juro!—respondió el caballero, que fuera de sí, al vislumbrar tras aquel juramento todo un paraíso de dulzuras, no reparó en inconvenientes sociales ni en escrúpulos de conciencia.

—Pues bien, yo á mi vez os juro, por la memoria de los míos, que si faltáis al solemne juramento que acabáis de pronunciar, esta misma daga cercenará el hilo de vuestra vida.

—¡Sea!

—¿Pero os enteráis bien?... Que os mataré si me burláis.

—Sí, sí, y me conformo con el castigo... á que jamás daré lugar.

—Pues bien... ¡dueño sois de la gitana!

Y cuentan que en aquel instante, el vaso de barro cuya ruptura había impedido el caballero en la ceremonia nupcial, cayó al suelo desde una rinconera sobre la que lo había colocado, sin saber á qué impulso obedeciera, partiéndose en dos, á pesar de su encargada fragilidad.

Dos años había de durar aquella unión, ¡dos años solamente!

III

La primera sonrisa de la aurora acababa de regocijar á la naturaleza: el valle, en acción de gracias, enviaba al cielo, como nube de incienso, el plateado vapor que lo había cobijado durante la noche: las aves ejecutaban sus primeros arpegios, y los silfos nocturnos habían vertido las postreras gotas de rocío de sus urnas de cristal sobre las silvestres clavellinas y las fragantes madreselvas.

Todo anunciaba la vida y la alegría. Mas no, ha sido un *lapsus*,

todo no. La hermosa Alfira, que bajaba por la pendiente del Castillo, era el contraste en aquel cuadro. De su garganta haciendo coro á las calandrias que saltaban sobre los brezos, se escapaban también notas que los céfiros llevaban; mas aquellas notas formaban un lamento prolongado, sin ritmo ni medida. También sus labios se contraían, como los de la aurora; mas no plegados por el regocijo, sino desgarrados por el dolor. También ella vertía inapreciables joyas sobre las flores de su camino; mas desprendíanse de sus ojos y arrancábalas la pena.

¿Qué genio maléfico había truncado su momentánea dicha?

¡El genio de la ingratitud!

Como nada había tanto en este mundo como un apetito carnal satisfecho, el despiadado templario, así que despuntó el alba, aconsejó á la apasionada gitana que tornase á la aldea á mirar por su buen nombre: le habló de respetos sociales, de sacrificios que el mundo, exige, de todo aquello de que no se había acordado durante la noche, y es que la realidad, por muy dulce que sea, es pálida é insípida comparada con la ilusión.

Como Alfira lo escuchase sin atreverse á dar crédito á sus palabras y sin pronunciar á su vez una sola, D. Suero creyó necesario manifestarle claramente que era preciso separarse.

¡Separarse!... Es la frase más cruel que puede resonar en los oídos de una amante verdadera, como lo era Alfira.

Tal fué la impresión que en esta produjo, que no se atrevió á hacer la más leve objeción, por más que á su cerebro afluían á millares. Luego la indignación más procelosa se revolvió en su alma, é instintivamente llevó la mano á la daga, causando cierta zozobra al caballero. Después una aflicción infinita se apoderó de su ser, y elevándose su seno, y acudiendo á él y oprimiéndoselo con ambas manos, mientras sus labios se entreabrían para dar paso á un gemido prolongado, rompió á llorar amargamente.

¡Pobre Alfira! Ella, que hubiese hecho de su amado un prisionero de amor á perpetuidad, era arrojada del techo bajo el que se había marchitado la flor de su inocencia, por el objeto de sus desvelos, que después de haber abusado de su credulidad, le negaba el agua y el fuego.

Tratando de cohonestar su brutal rompimiento, ó ¡quién sabe! tal vez remordiéndole la conciencia de tamaña villanía, D. Suero pronunció algunas frases tras las que dejaba vislumbrar una esperanza remota de avenencia; mas Alfira, persuadida de lo que aquel corazón de

cieno podía dar de sí, le volvió la espalda y buscando las escaleras de la fortaleza, en donde ojalá, nunca hubiese entrado, salió de ella.

Sin darse cuenta de la ruta que emprendía, tomó el sendero de su aldea. ¿Adónde ha de volar el ave herida, sino al nido en el que la defendieron otro tiempo las alas de sus padres?

¡Tiene tantos atractivos el patrio hogar, para quien, lejos de él, ha sentido clavarse en su alma el arpón del desengaño!..

Pero no tornó el rostro para mirar al Castillo. Tal vez temía quedar, como la mujer de Lot, convertida en estatua de sal.

Su casa estaba muda. Un tío, con el que vivía, (porque Alfira era huérfana hacía años,) había ido á casa del malparado Adonay, como perito en el arte quirúrgico, á prestarle auxilios, y á concertar con sus deudos el medio de rescatar á su sobrina y atraer sobre la cabeza del raptor el condigno castigo.

Algunos vecinos que vieron á la desilusionada joven cruzar el lugar, llevaron la nueva á todas partes, y de todas partes también acudieron amigos y conocidos á enterarse de lo acontecido á la robada.

Nadie, salvo su tío, consiguió verla.

Tres días con tres noches permaneció encerrada en una estancia de su vivienda. ¿Qué hizo durante ellos? Llorar y más llorar, pero sin pronunciar una frase, sin articular una reconvención siquiera.

A los tres días dió un suspiro en el que parecía que había despedido la inmensa pesadumbre que la poseía, irguió la cabeza, secó las lágrimas de sus hinchados, enrojecidos ojos, repartió y ordenó en dos porciones los abundantes cabellos, que apenas podía abarcar con ambas manos, los contempló con tristeza cariñosa unos instantes, y como quien toma una resolución definitiva que ha estado buscando mucho tiempo, exclamó:

—¡Adelante! Si este amor ha de acabar al fin conmigo, sea en buen hora. Seremos dos á saciar las fauces de la muerte. ¡Adelante!

Y disfrazando su pena tras una sonrisa artificiosa, salió á agradecer á sus convecinos las muestras de interés que les debía y á satisfacer la general curiosidad.

Su brillante imaginación acudió á desorientar á los fisgones. Una historia sencilla y verosímil, tejida al volar de las palabras, alejó de ellos la más leve sospecha del deshonor que la afligía. Hasta les hizo creer que escapada de los brazos de su raptor, había conseguido ganar la espesura, y que ni había atravesado el puente levadizo de la encumbrada fortaleza.

IV

El anciano Alfonso IX, rematando dignamente su carrera militar, después de reconquistar á Cáceres y Montánchez en 1229, acababa de hacerse dueño de la importante plaza de Mérida, cabeza de Waliato en la España musulmana.

No teniendo que temer por el pronto desquite alguno por parte de los derrotados enemigos, que se destrozaban entre tanto en sangrientas discordias civiles, y comprendiendo el deseo de muchos de sus capitanes y soldados de volver á saludar los patrios lares, despidió á la mayor parte de su ejército, quedándose solamente con las lanzas de la orden militar de Santiago, á la cual había ofrecido el señorío de la renombrada *Emerita Augusta*.

Mas llególe de pronto una nueva alarmante. El valiente y esclarecido Jucef-Aben-Hud, de la dinastía de los antiguos reyes de Zaragoza, que en poco tiempo se había granjeado la voluntad de casi toda la morisma peninsular, después de proclamado rey de Murcia, había derrotado al Emir de los almohades Abu-Aly-Almamún cerca de Tarifa, y enseñoreándose con tal victoria del territorio hispano-sarraceno, se revolvía, al resplandor de su buena estrella, contra el leonés, para acabar de afirmar su trono y rescatar las joyas territoriales que había arrebatado á sus predecesores.

El padre de San Fernando despachó al punto sus farautes á todas las provincias de sus estados, reclamando con urgencia el mayor número posible de caballeros y hombres de armas.

Apenas acababa D. Suero de recibir la orden del Soberano, cuando uno de sus escuderos le anunció la llegada al Castillo de un joven que deseaba hablar con él.

Introducido á su presencia, el caballero lo miró de arriba abajo y quedó satisfecho de su apostura. Era bello como un Apolodoro, de unos quince años de edad, de cutis moreno, rizadas y flotantes melenas, esbeltas formas é inteligente mirada. Vestía un bombico oscuro, calzaba ajustadas soleas y de su tahalí pendía un bonito laúd.

—¿Quién eres?—le preguntó el caballero.

—Señor, un juglar que cansado de vagar de aldea en aldea y de castillo en castillo, sin hacer asiento en ninguna parte, pretende abandonar la gaya ciencia y dedicarse á algo que pueda serle de más provecho y porvenir. Como sé que á vos os falta paje de lanza, vengo á ofrecerme para dicho cargo.

—Ciertamente: ha pocos días murió, y necesito cubrir su vacante, hoy más que nunca que tengo que partir á la guerra.

—Entonces, si me admitís...

—Desde este instante. ¿Y cuál es tu nombre?

—Bachanó.

—¿Bachanó?—repitió con extrañeza D. Suero.

—O Sebastián, es igual. Entre los míos equivalen ambos nombres.

—¿Y cuáles son los tuyos?

—Los egipcios.

—¡Ah! ¡eres gitano!—murmuró con cierta sorpresa el caballero.—
¿Y de muy lejos?

—No señor: soy natural de Ceclavín.

—¡Ya!... Pues te hago esta pregunta, porque tu semblante no me es del todo desconocido, así como tu voz parece á mis oídos el eco de alguna otra que he escuchado antes de ahora.

—¡No es extraño! Quizá en la corte, en alguna plaza, en cualquier parte podréis muy bien haberme visto ú oído...

—Y, por supuesto, sabrás montar....

—Señor,—advirtió sonriendo el joven—¡si soy gitano!

—Es verdad ¡qué olvidadizo soy! Pues nada, preséntate á mi escudero mayor, y ese te impondrá de tus obligaciones.

V

Ya han llegado á Mérida las huestes reclamadas; ya se han alistado y revistado; ya parten...

Entre ellas, armado de punta en blanco y montado sobre un piafante rabicán, marcha D. Suero, tras el cual, con la lanza de su amo terciada sobre el arzón, y el laúd y una espada pendientes de la grupa de su rocín, avanza su paje Bachanó.

La orden de hacer alto y acampar, se trasmite de mesnada en mesnada, al llegar junto á Alhanje. Es que se ha dado vista á la *almokadema* ó vanguardia enemiga, estacionada al pie del castillo.

El ejército leonés, al que ayudan como aliados algunos walíes almohades, enemigos de Aben-Hud, despliega sus tiendas, por ser bastante avanzada la tarde, y se prepara á pasar la noche en armada espectación.

Don Suero se despoja del yelmo, se quita las manoplas, se afloja la loriga, y toma asiento, en unión de otros caballeros que han llegado á su tienda.

—La noche es demasiado larga para pasada en vela, compañeros: si os parece, la entretendremos en parte oyendo alguna historia á mi canoro paje.

Los circunstantes aprobaron la proposición.

Bachanó, entonces, empuñó el laúd y con voz cadenciosa y apasionada cantó:

De abril una tarde llegó una gitana
con un cantarillo al pie de una fuente:
jamás de una pena la sombra liviana
nubló pasajera su límpida frente.
De pronto del bosque salió un caballero
que afable y artero
de amores la habló.

Corrió de él la incauta, esquiva á su ruego;
mas ¡ay! que su fabla letálgico fuego
por todas sus venas sutil derramó.

Creyendo que acaso su amor curaría
cambiando de objeto, le entrega taimada
á un cingaro apuesto, fingiendo alegría,
de esposa la mano convulsa y helada.

Mas sale al camino,
¡adverso destino!
el ser no olvidado que el fuego encendió.
Blandiendo el acero la arranca á su esposo,
con ella á caballo se aleja gozoso,
y á entrambos un lecho descanso les dió.

Al loco ardimiento sucede el hastío,
á erótica fiebre el yerto marasmo,
y, en llanto bañada, despide el impío
al ser que lo adora con ciego entusiasmo.

La triste debiera
odiar á tal hombre;
mas guarda y venera
de hinojos su nombre,
grabado en el alma con ígneo cincel.
Si halláisla algún día buscando entre el cieno
de su alba inocencia el rico joyel,
oiréis que, llevando la muerte en el seno,
sus trémulos labios aun piden por él.

Las últimas notas apenas pudieron percibirse, ahogadas por los repetidos sollozos del cantor, de cuyas manos se desprendió el laúd, rompiéndose en varios pedazos.

Todos los circunstantes aplaudieron á rabiar. Solo D. Suero, pensativo, no hizo demostración de ningún género,

VI

Al venir el día, los nafiés mahometanos anunciaron á los soldados de la Cruz, que los prosélitos de Aben-Hud se disponían para el ataque.

Cada cual ocupó su puesto, y al poco rato árabes y nazarenos venían á las manos.

¿A qué describir los accidentes de esta batalla tan pregonada por las historias?

Busquemos á D. Suero y á su paje, que lo seguía con la asiduidad con que sigue al cuerpo la sombra, y que en más de un momento crítico derribó de una cuchillada á algún muslime que amenazaba su existencia.

Aquél se internó en las filas agarenas haciendo prodigios de valor.

Bachanó lo admiraba y sonreía satisfecho al verlo ejecutar alguna acción heroica, así como se sobresaltaba extraordinariamente, cuando los azares de la contienda ponían en peligro su vida.

Podía decirse que el semblante del armígero era el espejo en el que la suerte mudable reflejaba las momentáneas situaciones del templario durante la lucha.

Un soldado cristiano cruzó de pronto por entre la morisma, en cuyo rostro encendido por el coraje, resplandecía una expresión sánica.

—¡Cielos!—exclamó Bachanó, metiendo espuelas á su cabalgadura y procurando cortarle el camino.

Mas cuando le dió alcance, ya enarbolaba el soldado una pesada maza de armas, á traición, sobre la cabeza de D. Suero.

Veloz como el relámpago, el paje enfile su centellante acero, y antes de que bajara los brazos y asestara el mazazo mortal, introdujole por bajo de ellos la acerada hoja, pasándolo de parte á parte.

El macero lanzó un ¡ay! mortal, soltó el arma y tendiendo los brazos, dió de espaldas en tierra: miró á su agresor, y pintándose en su semblante un asombro indescriptible, sólo le dió la muerte tiempo para balbucear:

—¡Olajaí! (1)

Bachanó volvió grupas y corrió en busca de su amo, que se habia internado más y más en una de las *almafallas* enemigas.

¡Doloroso encuentro! D. Suero acababa de ser hecho cautivo.

(1) ¡Maldición!

Arremetió el jovencillo con los morazos que lo custodiaban, á procurar su salvación; mas detenido por otros dos jinetes alárabes, se encontró reducido á la misma y precaria condición de su señor.

.....

Las crónicas castellanas atribuyen á los cristianos la victoria, pero una victoria completa: las árabes en cambio la adjudican á los suyos. Lo cierto es que el castillo y villa de Alhanje quedaron por los leoneses, aunque á costa de mucha sangre, y que Alfonso IX consideró prudente no perseguir al enemigo, sino retroceder en romería á Santiago de Galicia, á dar gracias al Apóstol por el éxito de la jornada, lo que no logró por haberle sorprendido la muerte en el camino.

VI

A legua y media próximamente de Ceclavín, en la sierra del Corcho, y á un lado del camino que conducía desde Coria á aquella villa, Bachanó, acompañado de media docena de compatriotas se hallaba como de acecho, ocultos todos al pie de un pequeño montículo poblado de malezas.

Dos de los egipcios empuñaban fuertes ballestas y los otros recios mandobles.

De cuando en cuando Bachanó ó alguno de su orden, subía al conspicio y miraba camino arriba: luego se echaba en tierra y aplicaba el oído al suelo; mas viendo que ni los ojos ni el oído respondían á su impaciencia, se volvía al aguardo preguntando:

—¿Pero tú me aseguras, Gerinel, que por aquí tiene hoy que pasar forzosamente?

—Si ha de concurrir al capítulo de la Orden que mañana ha de celebrarse, para el cual han sido citados todos los comendadores y dignidades, según me aseguraron, hoy debe recorrer este camino.

—¡Oh, si burlara nuestra vigilancia!...

—Todavía falta andar al sol más de la mitad de su carrera,—observó el interrogado.

—Es cierto; aguardaremos hasta la noche. Solo sentiría que los *baranderos* (1) se inquietasen aguardándonos.

—¿Oyes?

—Sí, como un relincho lejano.

—Justamente, ¿será él por ventura?

(1) Jueces.

—Pues en guardia. Tú y *Baljuy* (1) procurad no errar el tiro. En seguida *Mengne* y *Quidico* (2) sorprenderéis y ligaréis al escudero: uno quedará custodiándolo y los otros á la lid.

Todos guardaron silencio.

A poco se oyeron pisadas de caballo, que se iban acercando gradualmente y los ballesteros enfilaron su arma.

Por un recodo del camino aparecieron dos jinetes, uno de los cuales era D. Suero y el otro un escudero.

Al llegar cerca del matorral tras el que se guarecían los cingaros, zumbaron dos saetas que fueron á clavarse en el pecho y bajo el codillo derecho del caballo que el primero montaba, que se encabritó y empezó á dar terribles botes, mientras mortales heridas empezaban á manar sangre en abundancia.

—¡Por Satanás! ¿qué es esto?—preguntó el templario, procurando en vano contener las violentas sacudidas de su caballo.

Su acompañante descabalgó de un salto al ver su situación apurada; y acudió á sujetar al herido bruto.

Pero se encontró él á su vez sujeto por la espalda, por unas manos que parecían de hierro, según lo que lo oprimían, y sin poder defenderse ni tener tiempo para enterarse de quiénes eran los agresores, fué derribado al suelo y atado de pies y manos.

Don Suero, que á pesar de su brega por contener á su cabalgadura, había visto surgir de la maleza á varios hombres armados y dirigirse hacia él, desmontó de un salto, tiró de su tizona, buscó defensa por la espalda en un macizo de jaras y se puso en guardia.

—¡Defensa vana!—advirtióle Bachanó con siniestra sonrisa.

—¡Ah, tú!—exclamó el caballero reconociéndole y defendiéndose de cuatro gitanos que lo acometían.

—¿Os empeñáis en verter sangre?

—Trato de defenderme... de tanta villanía,—contestó el sorprendido paladín.

—¿Cuántas tenéis vos á vuestro cargo?

—¡Toma!—dijo por respuesta D. Suero, atravesando de una estocada á uno de sus acometedores, que cayó al suelo mortal.

Mas aprovechando esta coyuntura, uno de los aprehensores y maniatantes del escudero, que dando un pequeño rodeo había corrido en ayuda de sus camaradas al lugar de la reyerta, se arrojó sobre D. Sue-

(1) El velloso, apodo.

(2) El duende y Casimiro.

ro por la izquierda de éste y lo sujetó entre sus nervudos brazos.

Los otros tres acudieron inmediatamente en su favor, y desarmando al templario, hicieron con él lo propio que con el escudero.

Terciado como una saca de paja sobre el caballo de éste, y después de ordenar Bachanó á uno de sus secuaces que permaneciese en aquel sitio custodiando al maniatado servidor del templario y auxiliando á su herido compatriota, se pusieron en camino hacia Ceclavín

VII

Poco antes de llegar á la villa, en la Fuente de las Pilas, el vecindario ceclavínero demostraba su impaciencia por la prolongada espera á que se le obligaba.

¿A qué había acudido á aquel lugar?

Sobre un enorme pedrejón de figura rectangular, tal vez restos de algún peulvan ó menhir céltico, ú olvidado componente de aquellas obras ciclópeas de las que no deja de hallarse algún que otro ejemplar en nuestra patria, había colocados ocho ó diez rústicos asientos de encina en forma semicircular, destinados indudablemente á determinadas personas.

—*¡Acana abilla, acana abilla!* (1)—circuló de boca en boca, y á esta voz un número de ancianos igual al de los sitios colocados sobre el ciclópeo pedrusco, subieron sobre la plataforma que este formaba y tomaron asiento en ellos.

La curiosa muchedumbre se colocó en torno de aquel improvisado tribunal, formando alas á los lados del mismo.

No tardaron en presentarse ante él Bachanó con sus secuaces.

—*¿Sos buchi lanelas andre baes?* (2)—preguntó el presidente á Bachanó en su lengua.

—Un traidor,—contestó el cingaro en castellano, para que D. Suero lo entendiese.

—*O pandisar á yequé tronfaron* (3)—ordenó aquel.

Los satélites de Bachanó sujetaron á D. Suero al tronco de una encina con fuertes ligaduras.

El furor de que el caballero se hallaba poseído, hacía surgir de su pecho un rugido sordo, y de su boca que no se desplegaba mas que para jurar y blasfemar, espumarajos de coraje.

(1) ¡Ya vienen, ya vienen!

(2) ¿Qué traes entre manos?

(3) Atado á un tronco.

Sus ojos desmesuradamente abiertos y airados, lanzaban venablos por doquiera, sobre todo al encontrar á Bachanó, á quien hubiera querido pulverizar con la mirada.

Éste, así que vió asegurado á D. Suero, se volvió hacia el tribunal y dijo:

—Está todo presto.

El que presidía se levantó y alzando la diestra mano gritó en castellano al concurso:

—Silencio, compatricios; el juicio va á principiar.

El rumor popular se calmó instantáneamente, é invitado Bachanó, que se hallaba colocado á la derecha de los jueces, á dar principio á su acusación, el presidente volvió á posesionarse de su sentón presidencial.

El gentil paje de lanza del templario, descubrió su cabeza de la caperuza de velludo con garzota que la cubría, y sus negras y airadas melenas ondularon el viento, brillantes como una sarta de carbunclos.

Cruzado de brazos, con la barba apoyada sobre el pulgar de la mano derecha y los ojos bajos, guardó silencio unos instantes. ¿Ordenaba sus ideas? ¿se preparaba á la lucha intelectual? ¿buscaba en imágenes más ó menos deslumbrantes el éxito oratorio para conseguir sus fines?

¡Difícilmente! Más bien fluctuando entre el odio y el amor, entre la generosidad y la venganza, todavía, en aquel supremo instante, esperaba que uno de aquellos afectos se sobrepusiese en su alma para que inspirase á su labio; porque aquel garrido paje no era otro que la burlada Alfira, que iba á hacer públicos sus sacrificios y sinsabores.

VIII

Como buscando un motivo para decidirse, fijó su intensa mirada en el presunto reo.

Los de éste no flameaban más que saña y enojo.

—¡No es digno de misericordia!—murmuró para sí, resolviéndose la interesante acusadora.—Ojo por ojo y diente por diente.

E irguiendo aquella cabeza cuyas perfecciones hubiese admirado el mismo Scopas de Paros, se expresó en estos términos:

—Ha llegado, venerables ancianos, la hora de la justicia y en una sola causa van á ser dos las que hagáis, pues hay dos criminales: don Suero es uno, la que os habla el otro. Al hacer su acusación haré la mía, y esta conducta os garantizará de la verdad de mis asertos. Des-

pués... caiga sobre los delincuentes todo el peso de vuestra justa indignación.

Estas primeras palabras causaron admiración en el concurso. ¿Qué móvil podía guiar á la hermosa gitana á hacerse solidaria de las culpas del cruzado?

—Hace hoy dos años debió llevarse á cabo mi consorcio con el honrado Adonay. ¿Por qué no se llevó? El castellano del Portezuelo, á quien en mal hora amé sin advertirlo, había sabido por mí misma la fecha de mi enlace; y sin sugestión alguna por mi parte, y sin yo saber siquiera lo que iba á suceder, fuí principal actora en la tragedia que frustró mi concertado himeneo.—¿Es cierto, noble D. Suero, que yo estoy inocente de aquella traición?...

Todo el concurso se fijó en el caballero, que recorriendo la muchedumbre con mirada insolente y provocativa, nada respondió.

—Arrebatada por él—continuó Alfira—me dejé llevar á aquel nido de águilas, en donde mi inocencia fué presa de su voraz concupiscencia. ¡Ay! ¡cuántas lágrimas me costó aquella noche de abandono!...

Alfira, á aquella triste consideración, ahogó un sollozo en su garganta, viéndose obligada á hacer un pequeño alto en su relato.

—A solas con mis penas—prosiguió—adquirí una triste convicción: la de que me era imposible la existencia sin el amor de aquel hombre que tan inícuamente me había tratado y al que amaba como debe amarse en el Infierno; y para vivir con él me disfracé de páje y entré á su servicio. Yo hacía gratas y fugaces sus horas de hastío con mis coplas y mis historias; yo velaba su sueño con la lealtad del más solícito lebre; yo lo libré más de una vez, en el fragor de la pelea, de una muerte segura, exponiendo y despreciando mi propia vida! Mas la venganza de Adonay me tenía inquieta, y esa la ví inminente cuando mis ojos le descubrieron en la batalla de Alhanje. Mi antiguo amante, á quien reconocí, iba á asestarle una tremenda lanzada, y yo... traidora á mi raza, ¡maté á mi prometido!

General clamoreo se alzó por todas partes al escuchar esta revelación. Los parientes de Adonay, que eran muchos, bramaron de dolor y levantaron los crispados puños sobre las cabezas: varios de los jueces lanzaron interjecciones de sorpresa y de rabia al oír la confesión de semejante delito: alguna que otra piedra voló por el aire y fué á caer ya á los pies, ya sobre la disfrazada Alfira, que al sentirse centusionada en el brazo izquierdo, hizo un gesto de dolor y llevó á él la mano instintivamente, pero sin moverse del sitio que ocupaba; y el popular enojo hubiese pasado á mayores desahogos, si el *basquero*

no hubiese contenido con su voz autoritaria á la familia y amigos del difunto.

—En la jornada de Alhanje cayó prisionero mi paladín, y yo me entregué también á las mismas cadenas, por seguir su suerte. Cuando la casualidad nos reunía en las lúgubres mazmorras, procuraba inspirarle aquel amor que yo había soñado en su alma para colmo de mi felicidad, en obsequio de mi hermana; pues yo me había dado á conocer de él como hermano de mí misma. Sincera ó dolosamente, confesóme un día, que, á verse libre, correría en su busca y la haría su esposa; y yo estuve á punto de arrojarme enloquecida á sus pies y besar la tierra que hollaban; ¿pero sabéis cuál era el incentivo de aquella vana promesa?... Por las tardes solían sacarnos los carceleros á respirar el aire libre á los patios del alcázar sevillano, y una de las hijas del rey Aben-Hud, juzgándome hombre, se enamoró de mí; y mis cadenas se quebraron, y las puertas se entreabrieron, y me dieron plaza en la regia servidumbre, y yo con estudiada cortedad alenté, correspondí y me hice dueña del corazón de la gentil princesa, que temblaba de pasión á mi presencia. Súpolo D. Suero, á quien hice confianza de mis excelsas relaciones, y juróme ser esposo de mi hermana... de mí misma, así que fuese libre. La menor indicación bastó para que mi rendida enamorada, intercediendo con su padre, obtuviese la libertad del cautivo, quien partió, repitiéndome el mentido juramento. Lejos él y cada vez más apremiante la ciega pasión de la princesa, tuve un día que revelarle mi sexo, cuya decepción la hizo enfermar de pesadumbre. Mas por el cariño que la había inspirado, por aquella identidad de afectos que había conseguido hacer su alma satélite de la mía, le pedí mi libertad, después de hacerla partícipe de mis penas; y ella, con una generosidad propia de un corazón de oro, otorgómela con mano pródiga, por si con ella podía encontrar una dicha que para ella se había desvanecido como una sombra. Desalada busqué á mi protegido para que me cumpliese el juramento repetido en tan solemne situación, y me dirigí al castillo de Sant-Joanes—cuya encomienda le habían otorgado al restituirse libre á su Orden,—en donde lo hallé devoto de los encantos de otra desgraciada como yo, que había arrancado de un convento de Coria en el cual pasaba el año del noviciado para dar pasto á su sacrílega pasión; cuando le exigí el cumplimiento de su solemne compromiso, me contestó con un desprecio, con una altanería, con un sarcasmo tan cruento, hiriendo de tal suerte mi amor propio al amenazarme con colgarme de una almena si no me retiraba, que despojada tan brusca y despiadadamente de mi única es-

peranza... y penetrada de la tenebrosa realidad de mi suerte, apagué en mi pecho la plácida antorcha del amor, y encendí y aventé la roja tea de la venganza, tornando en odio mortal, cuanto había sido anteriormente para él amor vivificante. No hay pues, por qué esperar: el miserable raptor, el corruptor de las vírgenes del Señor, el salteador de honras, el protervo perjuro, el asesino de vuestro pueblo, está en vuestras manos. Luego, la matadora de Adonay, se entrega también en ellas. No espero más que una gracia: la de presenciar su castigo, contar sus convulsiones, saborear como gotas de miel los instantes de su agonía, y después... morir como merezco.

IX

Y al terminar su acusación se cubrió el rostro con las manos.

¿Qué trató de ocultar con ellas? ¿la vergüenza de su crimen? ¿el dolor de su resolución? ¿un momento de femenil debilidad en el arranque de heroísmo de que acababa de dar inequívocas pruebas?

Aunque de un temple extraordinario, Alfira era mujer, y no es de extrañar que tuviese un instante de flaqueza.

—Acusado,—preguntó el *basquero* á D. Suero: ¿tenéis que alegar algo en defensa propia?

El caballero, murmurando para sí terribles imprecaciones, no se dignó responder á su interrogante.

Este repitió la misma pregunta sin obtener mejor resultado.

A la tercera vez que la hizo, el aprisionado con voz enronquecida por la desesperación y tono despreciativo, contestó:

—¡No tengo por qué satisfacer á tan vil canalla!

—Ella la tomará cumplida,—repuso uno de los ancianos.

En seguida reuniéronse en círculo para deliberar.

A los pocos instantes tornaron á ocupar sus puestos y el presidente dijo:

—El consejo de los ancianos, juzgando con arreglo á su conciencia y á la experiencia que los ha coronado de canas, condena por mi voz al alevoso D. Suero, como asesino del pueblo egipcio en las bodas de Adonay, á la pena de muerte por medio del fuego, como más dolorosa, para hacerle expiar las muchas vidas que tiene á su cargo.

—¡Muera en buen hora!—gritó frenética la muchedumbre.

—Y en cuanto á Alfira—continuó el *basquero*,—reo también del asesinato del honrado Adonay, que por él debía sufrir análoga pena; teniendo en cuenta que obró en defensa de un hombre á quien amaba,

sin premeditación, en un raptó momentáneo, se la condena á perpetuo ostracismo, se la niega el agua y el fuego entre los nuestros, se la declara deshonorada y acreedora al general estigma; y se repetirá su nombre con oprobio á nuestros hijos, para que éstos, repitiéndolo á los suyos, entreguen su memoria á la execración de sus hermanos.

—¡Loor, loor á los ancianos! ¡sirva de escarmiento á los malvados tan justa sentencia!

Algunos cíngaros, pocos, se acercaron á Alfira á prodigarle alguna frase de compasión.

Uno de los jueces la intimó á que marchase al punto de aquel sitio, donde no volviesen á tener noticias de ella.

—*¡Unga naje, naje e acoi á tronga e elay!* (1) repitieron cien voces.

—Suspended tan justo fallo unos instante. No volveréis á oír mi nombre, yo os lo juro. Mas permitidme contemplar el suplicio del causante de mis desventuras.

Entorno de éste, que forcejeaba inútilmente, iban hacinando retamas y hojarascas para ejecutar la terrible sentencia.

Formado un círculo de combustibles que se elevaba á la altura de las rodillas, acercaron á él una pajuela encendida y el chisporroteo que se produjo y el humo que empezó á elevarse de la hacinada maleza, indicó que la horrorosa tragedia tocaba á su fin.

Cien lenguas de fuego asomaron como movibles puñales de oro por entre el ahumado ramaje, que bien pronto se agigantaron convirtiéndose en ígneas pirámides.

D. Suero al sentir la primera quemadura, lanzó un rugido doloroso é hizo un gesto indescriptible.

En aquel momento, Alfira, movida... ¿á compasión? ¡quien sabe! pero sí impulsada por un sentimiento humanitario, desenvainando una daga de tres filos, corrió hacia su pérfido amante y lanzándose sobre él, despreciando el peligro del incendio, le asestó una certera puñalada en el corazón, exclamando:

—¡Quiero ser generosa contigo hasta lo último, librándote de tan dolorosa agonía!

Y sacando en el instante la daga del pecho del alcantarino, la hundió en el suyo, exhalando junto á aquel el último suspiro de su vida.

PUBLIO HURTADO.

(1) Si, marche, marche de aquí la manceba del hidalgo.

LA CAPILLA DE MURWLINGEN

(DE LENAU)

Erguábase apacible
Y aérea la capilla, cual mecido
Bajel en la onda verde del collado
Y al cielo sonreía cristalino.

Al caer de la tarde
El penetral invado: en torno mío
Sentía palpitar el grave acento
Del sacerdote y los sagrados himnos.

La estatua de María,
Como inclinada en su empolvado nicho,
Parecía abismada en el recuerdo
Piadoso y triste de pasados siglos.

El alba con sus rosas,
Con su luz el crepúsculo rojizo,
Van cada día á visitar su imagen,
Y solo es de los hombres el olvido.

Misterioso aleteo,
Al alma grato, en derredor percibo,
Cual de férvidas preces, rezagadas
Bajo el cóncavo techo en su camino.

Su adios á la capilla
Envía el sol con rayo fugitivo.
¡Cuál se agrupan las tumbas en el atrio,
Como familia en el hogar tranquilo!

Las que privadas yacen
De amantes deudos, con su soplo amigo
Circunda Otoño, en tanto que las aves
Huyen al Sur tras el calor estivo.

Todo enmudece y duerme.
Del tiempo más de un túmulo es ludibrio,
Y de las cruces dóblanse los brazos
Como por hondo sueño entorpecidos.

El árbol se desprende
De sus hojas al cierzo vespertino,
Cual juguetes que deja de la mano
Cuando se aduerme, á su pesar, un niño.

Errátiles neblinas,
Huyen al fin mis locos desvaríos,
Y un cansancio mortal con dulce abrazo
Retiene aquí mi espíritu cautivo.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

LA RENDICIÓN DE ALCÁNTARA EN 1706



ARDÍA la Península en guerra civil: las Casas de Austria y de Borbón, se disputaban á mano armada la corona de San Fernando.

En el año de 1706, Extremadura era palenque de aquel sangriento pugilato, y una de las plazas que más sufrieron los estragos de la cruenta lid, fué la villa de Alcántara.

La musa popular impresionada por aquellos memorables acontecimientos, los perpetuó en sus *corros* ó canciones, y como antecedentes de los detalles que en sus coplas nos legó, transcribiremos lo que de aquellos sucesos nos trasmite la historia.

«Sabiendo que no tenía á su frente un ejército importante, el Marqués de las Minas, abriendo la campaña de 1706, resolvió marchar con energía á ocupar á Madrid, plan audaz y hábil que ilustró el nombre del general portugués y produjo la casi total ruina de Felipe V. Formando un cuerpo de todas sus tropas, el Marqués de las Minas dirigióse rápidamente para el norte, dejando á Badajoz á su derecha, y, rompiendo las viejas tradiciones militares, comenzó la campaña como si en vez de capitanear el ejército del Alentejo, comandase el ejército de la Beira. Así ocupó de sorpresa los lugares de San Vicente y Membrío é intimó la rendición á Brozas. Su alcalde respondió que el Duque de Berwick estaba á punto de socorrerlo y que por lo tanto no se rendía. Efectivamente, el hábil general enemigo, sorprendido por la marcha del Marqués de las Minas, le salió al alcance y sustentó contra las tropas portuguesas la posición de Brozas. El Marqués de las Minas atacó la villa rápidamente con diez tercios de infantería, seis piezas y la mayor parte de la caballería, dejando el resto del ejército bajo las órdenes de lord Galloway para proteger los bagajes y cubrir la retaguardia. El antiguo Marqués de Rouvigny, poco hábil, mas de una bravura caballeresca, que perdió un brazo en el cerco de Badajoz, que

por su culpa tuvo que levantarse, no tuvo paciencia para permanecer lejos del combate, y dejando el mando de las tropas que el Marqués le confiara al conde de la Corzana, aún fué á tomar parte en la pelea de Brozas.

»Esta villa fué abandonada por las tropas españolas que se refugiaron en un bosque entre Brozas y Cáceres. El Marqués de las Minas fuéles al alcance con la caballería y los atacó por retaguardia: entonces el Duque de Berwick viendo que le era imposible evitar el combate, acudió á reforzar sus tropas con tres regimientos de carabineros, y desde las cuatro de la tarde hasta entrada la noche, se sostuvo una lucha encarnizada, en que los portugueses fueron primero repelidos, mas á la postre destrozaron al enemigo, cogiéndole ochenta prisioneros.

»Dejando al Duque de Berwick que se retirase para Cáceres, el Marqués de las Minas prosiguió rápidamente la marcha para Alcántara, á donde llegó el día 9 de Abril (1706) habiendo sido el 7 el combate de Brozas. La ciudad de Alcántara estaba bien guarnecida y el Duque de Berwick así que vió que el Marqués de las Minas se dirigía para las márgenes del Tajo, avisó al Gobernador de Alcántara D. Miguel Gasco, para que se defendiese, pues él no tardaría en socorrerlo; y con efecto, comenzó á reunir cuantas tropas pudo para librar á Alcántara: mas el Marqués de las Minas dirigió con tanto acierto el asedio, que á pesar de hacer una resistencia heroica, tuvo que rendirse la plaza á los cinco días.

»Efectivamente, con increíble actividad el Marqués de las Minas dispuso una batería de seis piezas de campaña para proteger los trabajos de las baterías de sitio, que eran dos, una de quince piezas y otra de doce, que no tardaron en funcionar, bombardeando á Alcántara sin interrupción, causando inmenso daño á las murallas y al caserío.

»Para completar el cerco, pensó inmediatamente el Marqués, echar en el Tajo un puente de barcas, á fin de establecer otras baterías en la margen derecha; y después de buscar por algún tiempo un sitio á propósito, lo encontró á media legua de la población. El Marqués de la Frontera fué el encargado de tal operación, que llevó á cabo con felicidad. Así pudieron jugar contra la plaza cuatro baterías, tres en la margen izquierda y una en la derecha del río, produciendo en la villa el terror y el desaliento, aumentados por una desilusión que tuvieron sus moradores.

»Al ver aparecer estos en la margen derecha al Marqués de la Frontera, supusieron que sería el ejército de socorro; mas cuando se percataron del engaño quedaron abatidos, aunque sin propósitos de rendirse.

»El bombardeo comenzó á ser aterrador: acumulábanse ruinas por todos lados, y D. Miguel Gasco, sin esperanza de ser socorrido, pidió capitulación. El de las Minas no se la quiso otorgar, sino á condición que toda la guarnición quedase prisionera de guerra; á lo que Gasco contestó, que prefería morir... y el bombardeo continuó.

»El día 14 de Abril, decidióse por fin el general español á pasar por las horcas caudinas, á trueco de la honrosa concesión de que las tropas que mandaba saliesen por la brecha con honores de guerra, siendo desarmada y quedando prisionera fuera ya de la plaza. Así se efectuó y el Marqués de las Minas envió á Portugal 4.200 prisioneros, entre los que se contaban 6 generales y 108 oficiales; apoderándose, á más de esto los vencedores, de 47 piezas de artillería, 2.961 escopetas, 3.900 arrobas de pólvora, 1.800 balas de cañón, 360 cajas de balas de plomo, 6 morteros, 400 moyos de harina, 100 de cebada, 200 toneles de vino, 1.200 uniformes y 105 caballos» (1).

El pueblo, como apuntamos en un principio, perpetuó la memoria de este desastre en sus canciones, llegadas aún hasta nosotros, al cabo de dos siglos, canciones que nuestro amigo D. Mateo Villarroel y Villegas ha tenido la atención de recoger y remitirnos, cuyo contexto es el siguiente:

El veinticinco de Abril (2)
apareció el enemigo
entre Ajarrapo y la Sierra,
mirando para Membrio.

Al Alcalde traen preso
porque no nos avisaba (3)
con grillos y con cadenas
y con guardia redoblada.

Los de Brozas que lo saben
mandaron armar su gente,
se encaminan á Salor
y echaron por tierra el puente.

Los portugueses al punto
habilitaron las barcas
y pasaron el Salor
sin que nadie lo estorbara.

El General portugués
al instante ordena y manda
que pasasen á cuchillo
á los que en Brozas se hallaban.

El guardián de aquel convento
se portó con gran valor,
que á los pies del General
tres veces se arrodilló.

(1) *Historia de Portugal*, por una sociedad de homens de letras, tomo VI, cap. XXXII.—Los historiadores españoles, cosa extraña, aumentan el botín que cayó en poder del enemigo, de un modo desproporcionado, haciendo mayor este fracaso de la causa de los Borbones.

(2) La Musa popular erró en la fecha. Si hubiese dicho «el día cinco de Abril» hubiese estado más acertada.

(3) Esto no tiene sentido. Prender á una autoridad porque no daba la voz de alerta al enemigo para que se previniese, no se concibe. ¿Querría decir por que no los avisaba, ó no les daba razón de el sitio que ocupaba el enemigo? Esto es más lógico.

—¿Qué pretende? ¿Qué desea este santo religioso?—
le pregunta el General
con semblante airado y torvo.

—¡Por la Virgen del Perdón,
Y Jesús crucificado—
(le suplica el buen guardián)—
que respete al vecindario!

El General portugués
oficia al Gobernador,
que les prevenga la cena
de pólvora y munición.

Al otro siguiente día
á Alcántara caminaban
á poner cerco á la villa,
y los cañones emplazan.

A poco de ser sitiada,
Alcántara se entregó,
según orden que ha mandado
Berwick, el Gobernador.

Ya penetran en la villa
con banderas desplegadas
por las puertas del Postigo
y la Concepción sagrada.

Ya va camino del puente
la flor de los españoles.
En medio va Palomino
que arroba los corazones.

El General portugués
pasó el Tajo con presteza.
Toda la Sierra de Gata
se somete á su obediencia.

Estas cuartetas, que ni siquiera trascienden á romance, por más que el asunto les preste cierta unidad y las engarce más ó menos artísticamente, tienen como se vé, detalles curiosos, que responden á hechos indudablemente realizados y que en la época á que aluden se explicarían de sobra los contemporáneos que las cantasen.

Mas á nosotros, al cabo de dos siglos, se nos ocurre preguntar: ¿qué Guardián era el que pidió clemencia para el pueblo de Brozas, al General enemigo? ¿quién era aquel Palomino que salió de la plaza con los soldados que la defendieron? ¿qué cualidades eran las suyas para arrobar los corazones y en qué sentido?

Todas estas son preguntas á cuya contestación está obligado el Sr. Villarroel, cuyo espíritu investigador habrá de completar, como esperamos, el cuadro que con los antecedentes por él facilitados acabamos de bosquejar.

CRÓNICA REGIONAL

Sumario:—Posesión del Obispo de Badajoz.—La ejecución de los reos de Don Benito.—Indulto de los de Ceclavín y regocijos del pueblo cacerño: banquete dado por el Colegio de Abogados y acuerdos de su Junta Directiva.—La suicida Vicenta Herrera y caritativa conducta de la Iglesia.—La Granja Agrícola en Badajoz.—Nombramientos de Correspondientes en Cáceres, hechos por la Real Academia de San Fernando.—El Centro Extremeño en Madrid.—Rectificación.

Como estaba anunciado, el 28 del pasado mes de Marzo, llegó á Badajoz el nuevo Obispo de aquella Sede Sr. Soto y Mancera, quien después de haber dedicado en tierra extraña todas las energías de su juventud al cumplimiento de sus sagrados deberes, vuelve á su país, con la experiencia que dan los años, á regir la diócesis pacense, con la natural satisfacción y la mayor aún de sus feligreses.

Si notable fué la Pastoral que dirigió á su nueva grey desde Madrid, notable ha sido, según la unánime opinión, la oración que el día 29 pronunció en el púlpito de la Catedral, después de haber recibido el homenaje de autoridades y corporaciones.

Nuestro respetuoso saludo de bienvenida al respetable Prelado y nuestra enhorabuena á la diócesis que rige.

*
* *

Y apenas el sabio Obispo había tomado posesión de su elevado cargo, y aun antes, tuvo, como nuncio de paz y caridad, que unir sus peticiones á las muchas que subían á los pies del Trono, implorando el indulto de los desdichados reos del célebre crimen de Don Benito, Carlos García de Paredes y Ramón Martín de Castejón, condenados á pena capital.

Pasados los primeros días, las primeras semanas, tal vez los primeros meses de haberse cometido aquellos horrorosos asesinatos en las personas de la señora Barragán y su hija Inés Calderón, aderezados con las circunstancias repugnantes que le dieron tan negra nombra-día, en la imaginación popular fueron amortiguándose, desvaneciéndose paulatinamente los detalles de aquel cuadro inhumano, y el corazón abrió sus puertas á impulsos generosos.

Aquellos delincuentes merecían severo castigo; pero ¿la muerte?...

Porque no eran ellos solos los que iban á soportar el sambenito de la pública deshonra: uno y otro tenían familia, madre, hijos, hermanos, que inocentes de todo punto, iban á ser la madre, los hijos, los hermanos *del ajusticiado*, y soportar amarguras interminables.

Pues dígase lo que se quiera, y á pesar de los tiempos desaprensivos que corren, nuestro espíritu no puede sustraerse á ciertas influencias, ni despojarse por completo de ciertas supersticiones.

Mas todo fué baldío: ni el Sr. Obispo, ni las corporaciones, ni la prensa, ni los particulares que solicitaron la gracia del indulto, vieron coronados sus esfuerzos por el éxito, y el Deibler cacereño partió para Don Benito á ejercer su expeluznante misión.

De Badajoz acudió á la misma población el Gobernador civil de la provincia y el Jefe de la Guardia civil, por si el orden público corría peligro de alterarse. Y no, no se alteró. Como fácilmente se hubiera perturbado, hubiese sido si los reos llegan á alcanzar la gracia para ellos impetrada.

No nos atrevemos á aplaudir ni á vituperar la conducta del pueblo de Don Benito, hostil en su mayoría á los sentenciados. El hecho, origen de tanta tremolina, apasionó á la generalidad de los vecinos: la conducta social de los procesados, mejor dicho, de uno de ellos, le había enajenado las simpatías de sus conciudadanos: las víctimas eran en cambio apreciadísimas en la localidad; y tal vez, á haber vivido en aquel candente pueblo, donde dicen que la política y el caciquismo contribuyeron á enconar los ánimos, hubiéramos sido uno de tantos.

Por fin, á las ocho y media de la mañana del día 5 del corriente, Paredes y Castejón expiaron en el patíbulo su delito y acabaron de sufrir.

Sus parientes, á los que de veras compadecemos, serán los que por muchos años, quizás toda la vida, seguirán arrastrando esa ominosa cadena que la preocupación del vulgo ha soldado á sus tobillos.

¡Dios les dé presencia de ánimo para soportar su infortunio!

*
* *

Apenas acabábamos de experimentar las sacudidas anímicas que semejante hecatombe judicial nos había producido, y sin dar lugar á que el espíritu recobrase su normalidad, la inminente elevación en Cáceres de otro patíbulo, siguió manteniendo el ánimo en tan penosa tensión.

Félix Martín, Faustino Pascual y Pilar Perulero, reos de robo y asesinato de la vecina de Ceclavín D.^a Agustina Torres, esperaban en el tétrico calabozo sus últimas horas, que no se harían esperar mucho, según el público rumor.

General clamoreo se eleva en toda la población. Como movidas por un solo resorte, todas las clases sociales acuden á las autoridades, redactan peticiones que se plagan de firmas é interesan á cuantas personalidades salientes en la política, en las letras y en las ciencias pueden coadyuvar á la obtención de la gracia de indulto para los reos amenazados de garrote.

El telégrafo no cesa de funcionar; miles de personas van en respetuosa y entusiasta manifestación desde la Casa de Ayuntamiento al Gobierno civil, de éste á la Audiencia Territorial, y hacen que llegue á los pies del Trono el sentimiento unánime de la población, que pide gracia para los condenados. Un tierno infante, hijo de la Pilar, llevado en brazos por el Capellán del Correccional, marcha á su cabeza, enterneciendo á los manifestantes y moviendo á piedad los cora-

zones. Los empleados dejan sus oficinas, los comerciantes cierran sus establecimientos, los menestrales abandonan sus oficios... ¡todos á una!

La antítesis de lo ocurrido en el pueblo de Don Benito.

Bien es verdad que entre los sucesos que originaron unas y otras manifestaciones, no había paridad.

Pero también es cierto que jamás se movió tanto el pueblo cacereño en casos semejantes, y algunos muy recientes, ni aun tratándose, como cuando á Ceballos se ajustició, de un hijo de la misma población.

Apunten esta variante los aficionados á estudios de psicología social.

Por fin, el día 9, por la tarde, recibióse telegráficamente la ansiada noticia de haber sido indultados los reos, é inmediatamente se organizó otra manifestación magna, con músicas y banderas, repique de campanas y cohetes, en regocijo del triunfo alcanzado y agradecimiento al Monarca por la gracia otorgada; y comerciantes, empleados, obreros y menestrales tornaron á vacar y volviéronse á cerrar las tiendas en señal de alegría... como el día anterior se cerraron en señal de duelo.

¡Y habrá quien sostenga que á veces causas distintas no producen el mismo efecto!

Pues prepárense los cacereños; que aún hay tela cortada, ó como si dijéramos, indultos que pedir.

Y esto de las manifestaciones por cualquier motivo,—máxime siendo tan poderosos como los de actualidad,—visto muy á la *dernière*.

El Sr. Alcalde dió un manifiesto agradeciendo al pueblo su conducta y otro dieron los reos indultados.

Esta última es otra novedad, y no inoportuna verdaderamente.

Por cierto que *maese* Salustiano se disponía á volver por su buen nombre como *ejecutor*, demostrando, al dar pasaporte para mejor vida á los ceclavineros, que si estuvo torpe ó desacertado al agarrotar á Castejón, (número *diez* y *siete* de su tarja) no merecía el calificativo de imperito, sino que sigue siendo tan maestro como siempre en el oficio.

Pero se le aguó la prueba.

Y por nuestra parte (y creemos que por la de todos nuestros lectores) que siga en entredicho su pericia por los siglos de los siglos.

Muchos de los individuos del Colegio de Abogados de esta ciudad, acordaron celebrar con un banquete la obtención del indulto, y en el siguiente día 9 tuvo aquel efecto en la Casa de la villa, con asistencia de las autoridades locales y provinciales y representación de la prensa. En él hubo brindis á granel, habiéndose propuesto por el joven letrado D. Andrés Sánchez de la Rosa, que el Colegio prohiyase al tierno infante, hijo de la Pilar Perulero, cuya idea apadrinó con su autoridad personal el exdecano D. Juan Muñoz Chaves, admitiendo á fin tan caritativo el concurso de todos, abogados y no abogados; á cuyas manifestaciones respondió el Alcalde Sr. Elías, ofreciendo proteger en nombre del pueblo á la infeliz criatura.

Todo fué abnegación y entusiasmo. Hasta el Sr. Fiscal de la Audiencia, pidió que se le contase como colegiado para tan plausible fin.

Y ya en el terreno de las expansiones y de la fraternidad profesional, bórranse las diferencias, acállense los antagonismos, olvídense las rencillas que tenían divididos á los individuos del Colegio... y desaparece el cisma, se reconstituye su unidad, y el Sr. Fontán es aclamado Decano de tan ilustre Corporación.

¡Lástima que todo no se hubiese podido hacer así del primer tirón!

Porque los momentos de entusiasmo pasaron; muchos de los asistentes, que habían hablado *ex abundantia cordis*, reflexionaron, y les pareció razonablemente, que lo del prohijamiento no era cosa tan corriente ni podía ser tan absoluta; como tampoco era muy reglamentaria y viable la aclamación del Sr. Fontán como Decano del Colegio de Abogados, allí donde había tantos que no figuraban como colegiados, ni aun abogados eran.

Para armonizar los sentimientos manifestados por todos con los términos de una prudente realidad, reunióse el Colegio de Abogados el día 11, tomándose los acuerdos de expresar el agradecimiento de la Corporación á los Sres. Gobernador civil y los letrados Grande Baudessón y López Tejado por sus gestiones y noble conducta en el asunto del indulto; rogar á nuestro compañero Sr. Berjano (iniciador de las corrientes de concordia entre los Abogados) que retirase la dimisión del cargo de Diputado del Colegio, que había presentado; designar los individuos que habían de formar la nueva Junta de Gobierno del mismo Colegio, para que desapareciese la disparidad que entre sus individuos existía, ya borrada en principio en el banquete; y dar forma al propósito de socorrer al hijo de los delincuentes... para lo cual se nombraron varias comisiones.

Y este es el estado de tales asuntos hoy 14 de Abril.

*
* *

Otro indulto—ya que tanto se habla de ellos estos días, concedió la Iglesia al cadáver (al cadáver, sí) de la agraciada joven Vicenta Herrera y Peña, hallada muerta en una pedrera del Cerro de San Blas en la mañana del 25 del pasado mes de Marzo, con una pistola descargada recientemente en la mano, y síntomas evidentes de haberse suicidado.

Y digo que la indultó, porque no debió, como de suicida, ser sepultado en sagrado; pero la Iglesia, benigna siempre, y teniendo en cuenta los antecedentes de la pobre joven, le abrió sus brazos y le dió tierra bendita.

¡Y no se hicieron comentarios, que digamos, sobre los motivos de su trágica muerte!

De temperamento impresionable, aficionada á leer novelas emocionantes y *de natural* enamorado... encontróse, al hacerle la autopsia, que el amor, fuente de vida, había sido tal vez la causa de su muerte.

Y no digo más, ni es prudente añadir una palabra.

Entre otras razones, para dejar plaza á la imaginación de los no-

velistas de mañana, á fin de que puedan fantasear *ad libitum*, si la toman por protagonista de alguna de sus lucubraciones.

*
* *

Al fin la capital hermana logró del Gobierno la Granja Agrícola, cuya obtención razonablemente demandaba, la que se instalará en una finca ofrecida para ello por D. Joaquín Galache.

Ya que la de Cáceres desapareció, nos congratulamos de que en Badajoz se instale otra, pues centros de estudio y experimentación de esa índole, deben constituirse en países que, como el extremeño, sean esencialmente agrícolas.

El vecindario pacense está de enhorabuena.

*
* *

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, aprobando la propuesta hecha por la Comisión provincial de Monumentos de Cáceres, ha nombrado sus Correspondientes en esta capital á D. Alfredo Mateos, D. Emilio María Rodríguez y D. Gustavo Hurtado.

Los felicitamos y felicitamos á la Comisión.

*
* *

Nuestro amigo y compañero *Un Cacerense* nos dice desde la Corte:

«El Ateneo ha sido, en la noche de ayer 15, mansión venturosa, en que los anhelos de Extremadura han hecho congregarse á más de doscientos paisanos, ávidos de conocerse, de comunicarse, de buscar alivio mutuo lejos de la amada tierra, de procurar el bienestar de ésta, formando un Centro, como han hecho los de otras regiones, de donde puedan partir y adonde vengán á refluir impulsos provechosos.

Y los cimientos ya están echados. La obra parece que va á levantarse robusta; y su traza es debida á nuestros amigos Roso, Cascales, Rivas Mateos, Dr. Becerra, y acaso otros jóvenes. ¡Cuánto no se han movido en poco tiempo! No hace un mes se congregaron en el mismo Ateneo unos cuantos amigos; se formó una Junta organizadora á cuyo frente pusieron al Dr. D. Eloy Bejarano, Director de Sanidad, y esta Junta nos ha informado el sábado de que cuenta con unas ochocientas adhesiones, entre las que figuran las de los extremeños más caracterizados que aquí viven, que ofrecen su dinero y su esfuerzo; que el tener local es cosa ya casi segura, y que á él se citará para la próxima reunión á la que se someterá la aprobación del Reglamento.

Quedó elegida la Junta definitiva en que figuran como Presidentes honorarios: D. Juan Uña, cuyas preeminencias no he de anotar, tan caballeroso, tan querido de todos, providencia de tantos extremeños, y D.^a Carolina Coronado, nuestra insigne escritora, cuyo nombre fué seguido de nutrido aplauso, al proponerlo el Cronista de Extremadura Sr. Cascales.

Presidente efectivo: D. Eloy Bejarano; *Vicepresidentes:* Gálvez Holguín (D. L.) y Groizard y Coronado (D. A.) *Secretarios:* D. M. Roso

de Luna y D. Juan García y García. *Tesorereros*: D. Demetrio Fidel Rubio y D. Pablo Becerra. *Contador*: D. Rafael Barrantes. *Bibliotecario*: D. M. Rivas Mateos. *Vocales*: D. Sebastián Rodríguez, D. Faustino Merlín, D. Demetrio Borrallo, D. Manuel Fernández de la Vega y don José Cascales y Muñoz.

La concurrencia, aunque la noche era algo desapacible, no fué nada escasa, como he indicado, y hasta acudieron algunas señoras.

Era de ver cómo fraternizaban todos, saludándose muchos por vez primera, hablando de sus pueblos, preguntándose por comunes amigos. No eran pocos los estudiantes de ambas provincias que allí se veían.

¡Con qué calor se aplaudía á los oradores, y qué grato era escuchar que se pospusiesen los ideales políticos para pertenecer á una Junta que no habrá de tener otra bandera que la de Paz y Amor! Ya lo decía el Presidente: él no ha desplegado más que una: la de la Higiene, que si evita las enfermedades, enaltece también los espíritus. Muy aplaudido fué; como Roso, como Gálvez Holguín, Martín Muñoz y algún otro que habló.

Nuestro compañero Roso, llevado de su cariño paternal á la REVISTA y ensalzando el intelectualismo en Extremadura, adujo nombres é hizo una síntesis de los trabajos en esta publicados, que, si bien robusteció sus juicios con la autoridad de los extraños, y al final oyó aplausos muy merecidos, valióle después también las bromas de sus íntimos, que le decían que aunque no peinaba canas, claro había revelado que tenía ya netezuelos.»

*
* *

Y terminamos la presente con una rectificación.

El Dr. D. Juan Cisneros, al que en la *Crónica* pasada tuvimos por hijo de Badajoz, no lo es de dicha ciudad, sino de Cáceres.

Advertidos de la equivocación por un próximo pariente suyo, la rectificamos gustosos. A cada cual lo suyo.

Eco.

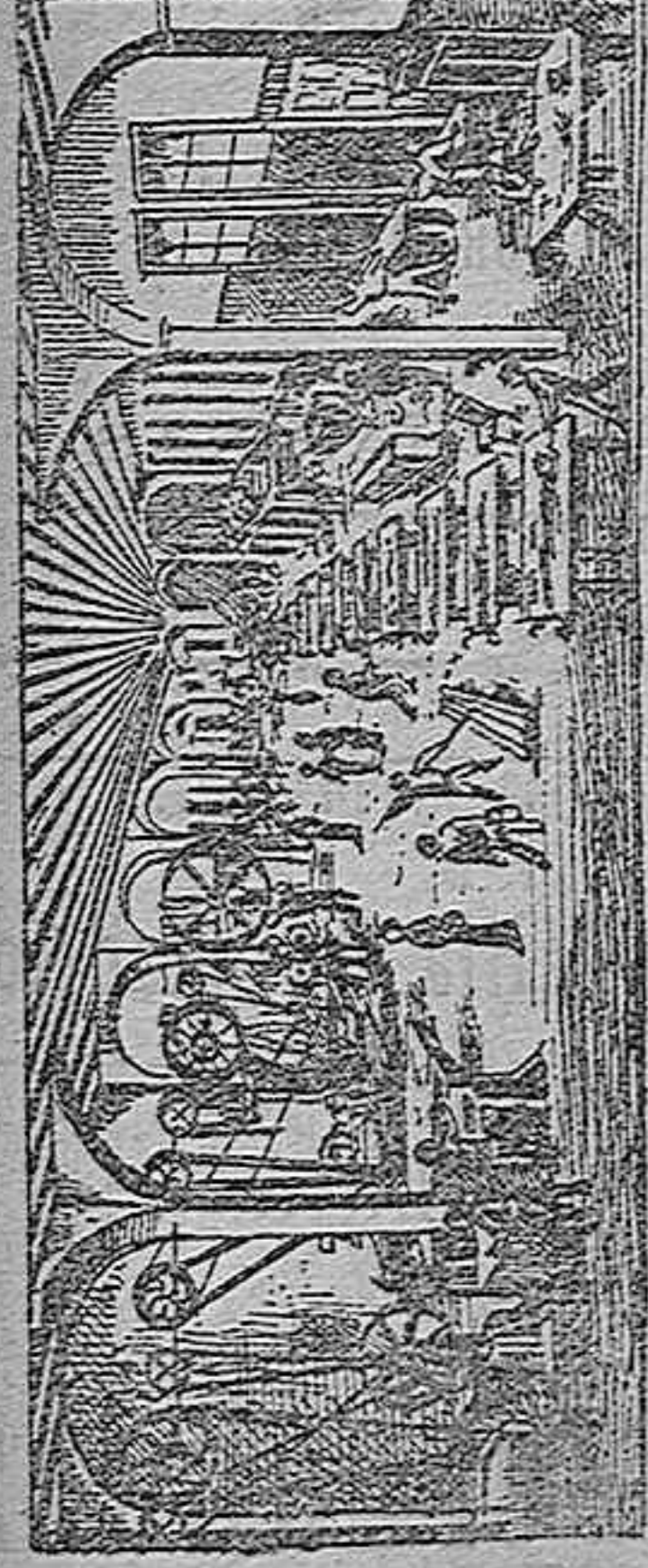
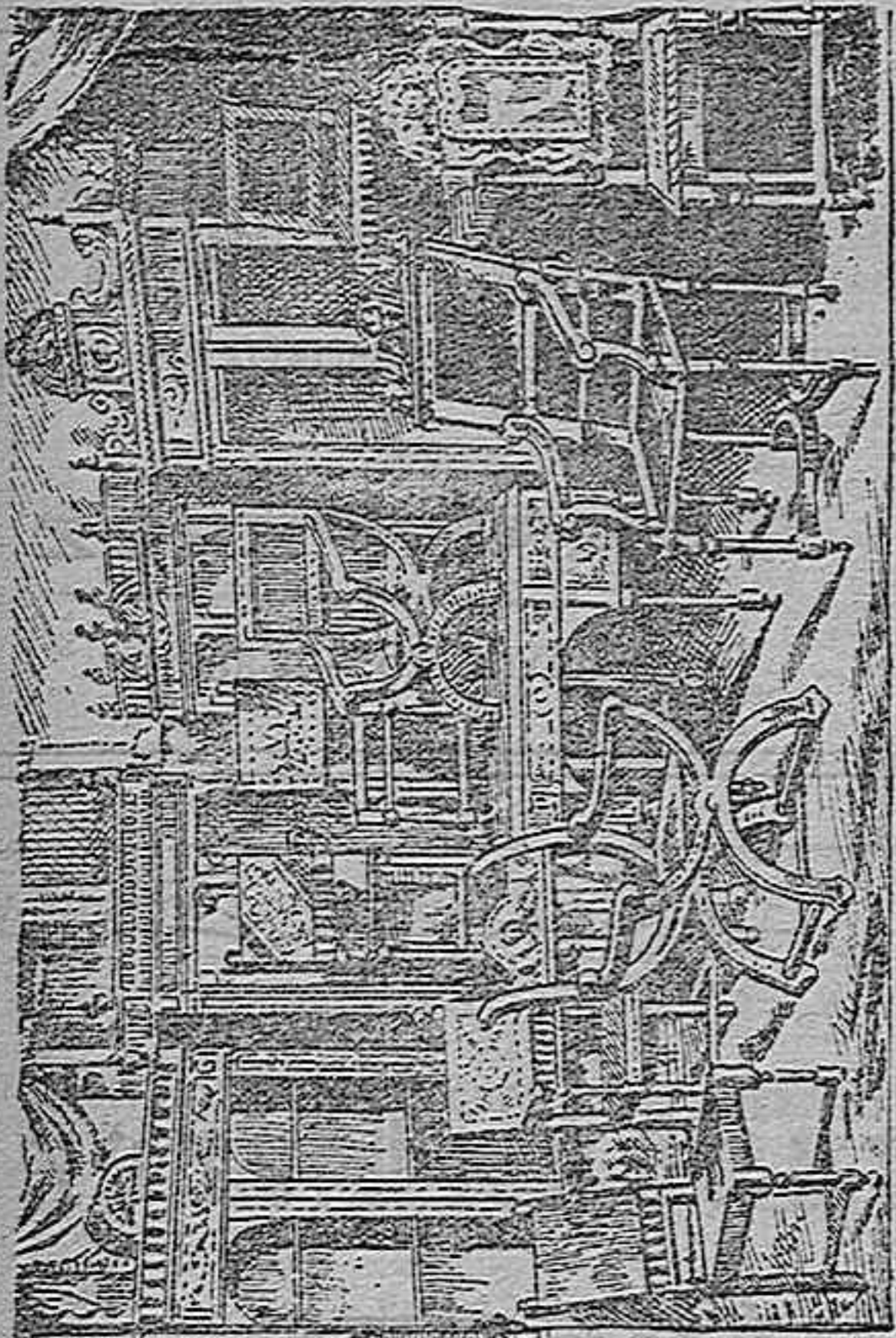
16 de Abril.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

DE VARIAS REVISTAS

Como complemento al discurso que la ilustre D.^a Emilia Pardo Bazán ha pronunciado en Salamanca (publicado en folleto en estos días), en elogio del poeta castellano, recordemos su crónica «La vida contemporánea» de la *Ilustración Artística*, fecha 27 de Marzo.

—*Alrededor del Mundo* (30 de Marzo) habla de los «Arcos de Triunfo» y aparecen fotografiados los de Mérida, Caparra (tomado tal vez de un dibujo antiguo) y puente de Alcántara. s.



Grandes Talleres de Ebanistería y Carpintería mecánica. Inmenso surtido en toda clase de muebles á precios sin competencia. No hagan obras de carpintería sin consultar antes p precios á esta casa, pues dispone de todos los elementos que aconseja la industria moderna.

TALLERES MECÁNICOS DE EBANISTERÍA, CARPINTERÍA Y TAPICERÍA — PLAZUELA DE SAN BLAS, NÚM. 11. ESPECIALIDAD EN ALCOBAS, COMEDORES Y DESPACHOS

CUNTA CORRIENTE
CON
BANCO DE ESPAÑA

COLGADURAS
ALMACENES: ALFONSO XIII, NÚM. 12.—CÁCERES

ESTABLECIMIENTO DE VETERINARIA
DE
FRANCISCO SANTILLANA

Plazuela de Marrón.-Cáceres.
Se hierra á fuego y en frío.
También se hierran bueyes.


Lorenzo Santos, Hermano y Domínguez.

2, Ezponda 2.—CACERES

Almacén de curtidos y coloniales. Depósito de piedras para molino

LA DORDOÑA Y LA FERTÉ

Depósito de ramilletes de fuegos artificiales para festejos públicos, desde 35 á 100 pesetas.
Compra-venta de pieles de todas clases.
Depósito de la cerveza EL ÁGUILA en la provincia.



LA CACEREÑA

AGENCIA DE POMPAS FÚNEBRES

Piñuelas Altas, 2. Cáceres.

LA MÁS ANTIGUA DE LAS
DE HOY EXISTENTES

Variedad en cajas, desde 15 pesetas en adelante.—Gran surtido en coronas.—Adornos metálicos y todo lo concerniente al ramo.

Cera pura para los funerales, aprobada por el inspector de la Diócesis de Coria.

Esmerado servieio.

LA LONJA

Almacén de vinos, ultramarinos y coloniales

DE

HONORIO JIMÉNEZ

Sucesor de Fernández y Hermano.

General Ezponda, 3.—Cáceres.

COMPLETO SURTIDO EN ARTÍCULOS

PARA SEÑORAS, CABALLEROS Y NIÑOS

TEJIDOS, PAQUETERÍA, PASAMANERÍA,

QUINCALLA, PARAGUAS, CORDELERÍA Y COLONIALES

DE

TOMÁS PÉREZ

Plaza Mayor, 25.—Cáceres.



Segundo Pérez CÁCERES

Agencia general de transportes.

Despacho de mercancías
en la Estación de los Ferrocarriles.

VENTA AL POR MAYOR

DE

CEREALES Y HARINAS
DE TODAS CLASES

FÁBRICA DE



CHOCOLATES

Vda. de Francisco Calbelo.

Medalla de oro en la Exposición de Badajoz de 1892.

TÉS Y CAFÉS SUPERIORES

Portal Llano, 15.—CÁCERES



La Villa de Madrid.

SOMBRERERÍA

DE

Pedro Fernández.

Inmenso y variado surtido en sombreros de caballeros; especialidad en sombreros ingleses de una de las mejores marcas conocidas; sombreros para sacerdotes, bonetes, birretes y solideos.

Especialidad en gorras de todas clases.

5, Portal Llano, 5, Cáceres.

LANAS Y CEREALES

VIUDA DE JULIÁN IGLESIAS

Almidón y Petróleo marca EL LEÓN

Audiencia, 8.—Cáceres.

ALMACÉN

DE

HIERROS, ACEROS, CHAPAS,

VIGUERÍA DE HIERRO,

herraje y clavos, cerrajería, camas de hierro,

BATERÍA DE COCINA

y

COLONIALES

DE VALENTÍN ZUBIAGA

20, San Juan 20.—Cáceres.

Café torrefacto marca LA ESTRELLA

Café torrefacto marca LA ESTRELLA

DE

JOSÉ GÓMEZ TEJEDOR

ÚNICO DEPÓSITO EN CÁCERES

VIUDA DE GABRIEL GÓMEZ MARCELO

Alfonso XIII, 1.

Semanalmente se recibe en cajas metálicas precintadas de 1 kilo, 500 y 250 gramos. También se recibe en elegantes paquetes precintados de 250 y 500 gramos.

Café torrefacto marca LA ESTRELLA

NUEVO ESTABLECIMIENTO

DE ULTRAMARINOS

DE

Antonio Díaz Rebollo.

Abundante y variado surtido en cuantos artículos abarca tan alimenticio ramo.

Audiencia, 4.—Cáceres.

ALMACENES DE FRUTOS COLONIALES

MADERAS Y YESOS

Esteras, Persianas, Espartería,

Cordelería y Enjalmería.

JOSÉ CANDELA MAGRO

33, San Juan, 33.—Cáceres.

COMERCIO
DE
QUITERÓS

P. S. P. S.

GRANDES REGALOS

AL QUE COMPRE EN ESTE ESTABLECIMIENTO

Portal Llano, 13.—CÁCERES

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

SEGURO— SOBRE VIDAS

GARANTÍAS

CAPITAL SOCIAL.....	Pesetas. 15.000 000
RESERVAS hasta 31 de Diciembre 1901.....	» 14.780.951'34
Capitales asegurados por diferentes conceptos desde la fundación de la Compañía hasta 30 Septiembre 1903.....	» 426 212 524'35
Pagado á los asegurados hasta igual fecha.....	» 26.770.664'06

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales pagaderos á a muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nudas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

Domicilio social: Ancha, 61.—BARCELONA

Inspector del Oeste y Delegado de Extremadura:

Don Cayetano Lledó, Arias Montano, 18.—Badajoz.

Representante especial en Cáceres y su provincia:

D. ADRIAN CALDERA CEPEDA

Procurador de los Tribunales

Plazuela de la Concepción, núm. 6. — CACERES.

Gerónimo Pacheco Donaire

CAPITÁN RETIRADO

es el apoderado de clases pasivas más activo y el que sirve con más economía en esta provincia.

Oficinas: Plazuela de la Isla, 1, bajo.

CÁCERES

GRAN



SASTRERÍA

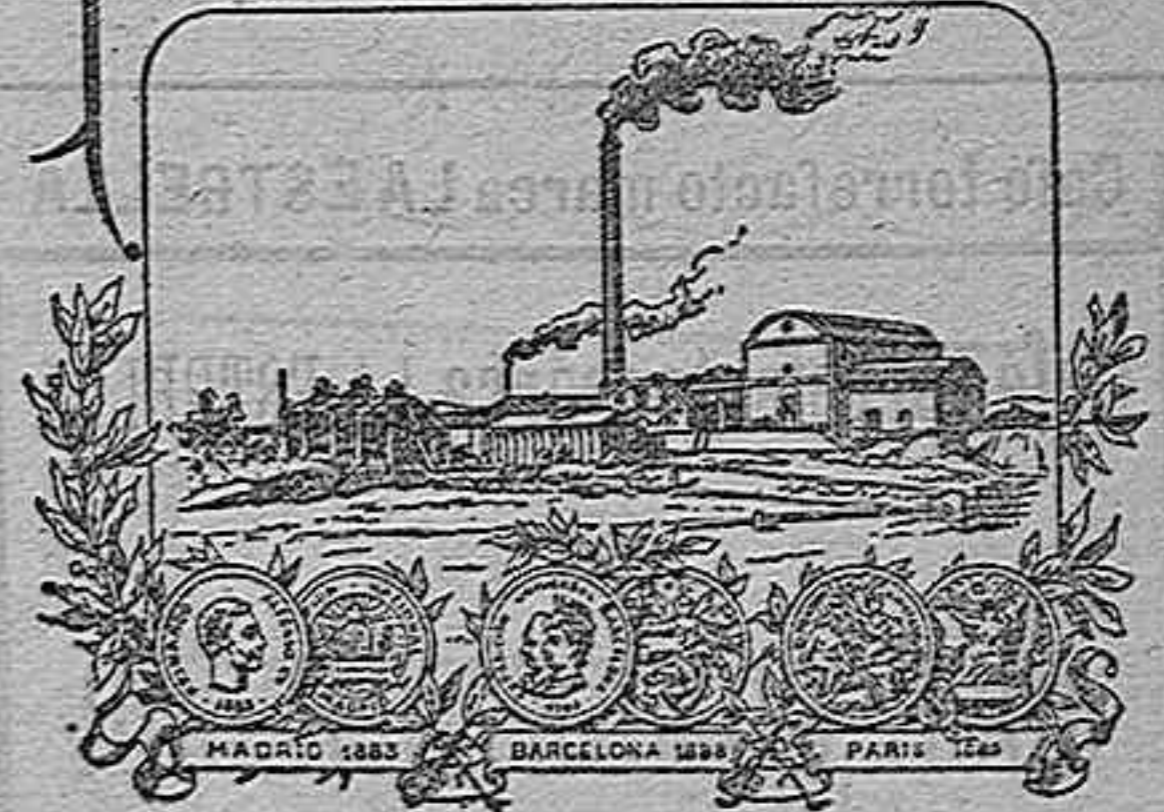
DE

HIPÓLITO DÍAZ SANGUINO

Plaza Mayor, 55.—CACERES

Se confecciona toda clase de prendas de caballero, con prontitud y economía.

FABRICA DE ABONOS QUÍMICOS



GRAN FÁBRICA DE ABONOS MINERALES

DE

D. Carlos Amusco.

Aldea de Moret.

Venta exclusiva para la provincia, don Víctor García Hernández.

Portal Llano, 21.—CACERES



Medalla de Plata en la Exposición de Paris de 1900.

Aceite fino de OLIVA

VIRGEN

(GARANTIZADA SU PUREZA)

COSECHA Y ELABORACIÓN

DE D. DANIEL BERJANO ESCOBAR

(SIERRA DE GATA)

Se vende en elegantes bidones de cinco litros, á 8 pesetas.
en casa del cosechero: Concepción, 4, Cáceres.



SUPERSTICIONES EXTREMEÑAS

ANOTACIONES PSICO-FISIOLÓGICAS

POR

DON PUBLIO MURTADO

CON UN PRÓLOGO DE

DON URBANO GONZÁLEZ SERRANO

De venta al precio de **DOS PÉSETAS** en la Imprenta, Encuadernación y Librería de Jiménez.—Portal Llano, 19, Cáceres.

Los pedidos para fuera se servirán mediante un aumento de 0'35 pesetas.

Revista de Extremadura.

ÓRGANO DE LAS COMISIONES DE MONUMENTOS DE LAS DOS PROVINCIAS

HISTORIA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES.

Precios de suscripción: un año.	6'00 pesetas.
Número suelto.	1'00 —
Número atrasado.	1'50 —

La correspondencia literaria al Secretario de la Redacción:

D. JUAN SANGUINO,
Fuente Nueva, 8, CÁCERES.

La correspondencia administrativa al Administrador:

D. MANUEL JIMÉNEZ,
Portal Llano, 19, Imprenta.—Cáceres.

Véndese en Madrid en las Librerías de **Fe** (Carrer: de San Jerónimo, 2) y **Murillo** (Alcalá, 7).

LA UNIÓN Y EL



FÉNIX ESPAÑOL

COMPañIA DE SEGUROS REUNIDOS

DOMICILIADA EN MADRID

calle de Olózaga, núm. 1, (Paseo de Recoletos).

Capital social efectivo. 12.000.000 de pesetas.

Superior al de todas las demás Compañías que operan en España.

Primas y reservas. 3.000.000 de pesetas.

Siniestros pagados 101.000.000 —

41 AÑOS DE EXISTENCIA

Seguros contra incendios.

Esta gran compañía NACIONAL contrata seguros contra los riesgos de incendios.—El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público habiendo pagado por siniestros, desde el año 1864, de su fundación, la suma de reales 387.378.566'12.

Seguros sobre la vida.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Renta de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas MÁS REDUCIDAS que cualquiera otra Compañía.

La prima fijada al hacer el seguro es inalterable. Esta Compañía no hace ofrecimientos pomposos, lo cual es tan fácil de hacer como difícil de cumplir. A su seriedad y exacto cumplimiento en los siniestros, se debe la importancia que goza y la preferencia de que es objeto.

Las cosechas se aseguran en pie, en gavillas, en la era y el grano en los graneros por el transcurso de un año, á la reducida prima de SEIS reales por cada mil

SUBDIRECTOR
EN EXTREMADURA:

D. CLAUDIO GONZÁLEZ ÁLVAREZ

Agencias en todas las poblaciones de importancia

Oficinas: Calle de Grajas, 15, pral., CÁCERES.